



CONFERENCIAS (I)

Orografía de la Península en las eras sucesivas de su formación.



ENTRANDO inmediatamente en materia, me permitiré llamar vuestra atención sobre el mapa que tenemos á la vista, remedo aproximado de nuestra Península, y del aspecto que presentara si, elevándonos á altura bastante, lográramos abarcarla de un solo golpe de vista.

En términos generales es su forma la de un cuadrilátero trapezoidal con sus dos lados N. y S. paralelos, casi perpendicular á los anteriores el de Poniente y bastante inclinado el de Levante, que enlaza los cabos de Creus y de Gata.

Al Mediodía, próximo á su parte media, adiciónase con un pequeño triángulo, cuyo vértice mira al África junto al sitio donde colocaba la tradición las renombradas columnas de Hércules.

Rodeado de dos mares que le circuyen casi por completo,

(I) Merced á la bondad del insigne geólogo Excmo. Sr. D. Federico de Botella y de Hornos, Inspector general del Cuerpo de Minas é individuo de número de la Real Academia de Ciencias exactas físicas y naturales, tenemos la satisfacción de publicar en la REVISTA las interesantísimas conferencias que en el curso último dió dicho señor en el Ateneo de Madrid.—(N. de la R.)

sólo se enlaza al continente por el istmo Pirinaico, que con sus enhiestas cimas cubiertas de nieves perpetuas y azotadas por constantes tempestades, más que lazo de unión con el continente, parece valladar formidable levantado de intento para aislar nuestra Península de lo restante del mundo.

Dentro del cuadrilátero deben notarse primeramente la larga divisoria entre ambos mares Océano y Mediterráneo, que cruzando la Península de cabo de Gata al Cordel, junto á los Picos de Europa, la separa en dos mitades desiguales y determina dos planos inclinados, suave el que se dirige al Océano, rapidísimo el que desagua en el Mediterráneo, salvo, sin embargo, por circunstancias locales en la parte correspondiente al valle del Ebro; destácanse luego al S. la enorme mole Orospedana, compitiendo en masa y altitudes con la Pirinaica; al NO. y N. la de los montes del Teleno y Cantábricos, unidos por una serie de hitos y mogotes al Pirineo; luego la del Idubeda, que con Nervión, Moncayo, montes Universales y de San Just, separa las cuencas de Ebro, Duero y Tajo, y que prolongándose por uno de sus brazos, llega con la cordillera Lusitana Arevaca hasta el Océano en cabo da Roca; extendiendo otro de sus ramales principales por los montes de Toledo al cabo Espichel, en tanto que por opuesto lado sigue hasta Tossa y Liouses en la Pirinaica; por fin, la Mariánica, que desde el cabo de San Vicente, dominando todo el valle del Guadalquivir, atraviesa luego los montes Contestanos, para terminar aparentemente en el cabo de San Antonio, pero continúa realmente, aunque submarina, á través del Mediterráneo, para surgir de nuevo en las Baleares.

Cúmulo tanto de sierras y cordilleras, con inmensas llanuras intermedias, extensas estepas, valles y senos frondosos colocados á distintas altitudes y en diversas exposiciones, hacen ciertamente de nuestra Península una de las regiones más accidentadas de Europa, de manera que con relación á su altitud media viene inmediatamente después de Suiza y que, combinándose con su posición geográfica, dé asimismo lugar á la singular diversidad de climas y condiciones meteorológicas que se notan en su ámbito y á cuya sombra se

desarrollan todas las faunas, todas las floras, desde las alpinas hasta las tropicales, como compendio y conjunto de las más opuestas regiones y punto donde convergen y se conciertan los opuestos caracteres de dos continentes antitéticos.

Éstos son los rasgos orográficos dominantes de la estructura peninsular; pero iniciados como lo estáis al proceso que en su formación siguió nuestro planeta, no ha de extrañaros seguramente el que no siempre fueran éstas sus formas características y que afectara anteriormente otras muy diversas y variadas, de las cuales llega á ser la actual como la resultante y consecuencia. Convendría, por tanto, para llegar á darnos cuenta de lo que presenciarnos, echar hacia lo que fué cierta mirada retrospectiva, dejando antes firmemente sentado que en esa especie de resurrección del pasado no hemos de caminar en lo que se nos alcance en son de fantasía, sino apoyados en la observación de los hechos y en aquellos restos que marcan á manera de hitos las edades y los acontecimientos que forman época en nuestro planeta, procurando sujetar nuestras deducciones á reglas tan ciertas y seguras como aquellas que guian á nuestros hábiles arquitectos cuando por las ruinas de alguno de aquellos portentosos monumentos levantados por asirios, griegos ó romanos llegan á reconstituirlos con su soberbia belleza y la pureza de sus líneas.

El resumen geológico presentado tan brillantemente ante vosotros en la última conferencia por mi compañero y amigo D. Daniel de Cortázar facilita muy particularmente este trabajo, y á él he de atenerme para el orden cronológico de los terrenos, pero limitando la consideración de las formas geográficas correspondientes tan sólo á las grandes eras, salvo al aproximarnos á nuestros tiempos actuales, en los cuales ha de interesarnos entrar en algunos pormenores más concretos.

Si bien me es preciso tomar nuestro planeta en sus comienzos, no he de detenerme, sin embargo, en exponeros la teoría de Laplace, tan clara, firme y sencilla que, aunque combatida por algunos, es todavía, hoy por hoy, la que

mejor se amolda á los hechos; pero sí os recordaré que tan pronto se inauguró la condensación de la pequeña nebulosa estelar cuyo núcleo es nuestra tierra, *causas creadoras* y *causas destructoras* empezaron á obrar de consuno en su constitución.

Solidificada la primera y débil envoltura, el paso al estado cristalino de las primeras materias y el enfriamiento secular, originan la disminución de la masa; la corteza externa, para amoldarse al núcleo interno, se surca, se pliega, se hunde, se baja en unos puntos, se levanta en otros, y en constante inestabilidad, asoman unas partes por cima de las aguas para sumergirse luego en cuanto aparecidas. Por las quiebras y bordes de fracturas las materias internas se desparra-man al exterior en ríos de fuego que acompañan extraordinaria cantidad de emanaciones, gases y vapores, aumentándose el espesor de la costra solidificada, tanto por su concentración cuanto por las numerosas acciones químicas ó hidro-termales que se efectúan; y como á cada erupción el extraordinario desprendimiento de calórico y de electricidad origina enorme evaporación y terribles tempestades, lluvias torrenciales, barriendo las tierras exhundadas, atacan disuelven, disgregan y desmoronan sus elementos, arrastrando las ruinas entre olas cenagosas para reunir las en todas las hondonadas y en las profundidades oceánicas, donde van á constituir nuevos terrenos.

Andando el tiempo, el globo pierde algún tanto su elevada temperatura, los agentes dinámicos, químicos y mecánicos disminuyen en intensidad, la corteza aumenta en espesor, cobra cierta firmeza y alguna más persistencia acompaña las formas aparecidas.

Por fin, tras de numerosos trastornos con idénticos fenómenos repetidos, parece como si la tierra tiende á algún descanso sobre los continentes cuya elevación ofrece abrigo bastante á las aguas pluviales para sustraerlas al envite de las olas, aparecen las aguas dulces que persisten separadas de las marítimas y se desarrolla la vida en su principio con lentitud, con escasos representantes vegetales y animales, y luego con exuberancia extraordinaria.

Por razón de su abolengo, los materiales componentes de la corteza terrestre pueden, por tanto, distinguirse en dos grandes clases: los *eruptivos*, que son macizos, cristalizados ó cristalinos, y los *sedimentarios*, que, depositados en el fondo de las aguas dulces ó saladas, presentan una disposición ordenada en lechos ó capas. Á estas dos grandes clases deben unirse también como corolarios respectivos las *rocas volcánicas* de un lado, las *metamórficas* de otro, que no son sino capas sedimentarias alteradas en su estructura por diversidad de causas. Los agentes químicos, las fuerzas orgánicas ó su descomposición, las emanaciones termales incrustantes y gaseosas, originan á su vez otras formaciones parciales ú otros accidentes de menor importancia, y como la composición y predominio de ciertos elementos permite establecer algunas divisiones de orden y tiempo en las rocas eruptivas, y que, por otro lado, en las sedimentarias, desde las primeras manifestaciones de la vida, los restos vegetales y animales que encierran permiten discernir cierto orden relativo con respecto al tiempo de su aparición y á las condiciones de su desarrollo, ya en mares profundos, ó á lo largo de los litorales, ya en aguas dulces ó en lagunas, en ciénagas ó pantanos, de aquí la clasificación teórica establecida en la larga lista de las capas terrestres y su agrupación en *eras, épocas y formaciones*, enlazadas entre sí por condiciones similares y generalmente separadas unas de otras por alguno de esos espantosos trastornos que alteran y varían las disposiciones respectivas de los mares y continentes, para empezar de nuevo su reconstrucción por idénticos procedimientos.

Para guiarnos en el estudio de la corteza terrestre y de las revoluciones que ha sufrido, tenemos, pues, la clasificación establecida entre todas sus capas, los caracteres de superposición y de estructura, las condiciones especiales de vida y de habitabilidad de los seres fósiles, vegetales y animales que encierran; ocurriendo además, y es esta circunstancia esencialísima, el que, cualesquiera que hayan sido los trastornos de la corteza terrestre, siempre quedan como mudos testigos, pero testigos de mayor excepción, ciertos ras-

tros esparcidos aquí y acullá en el terreno que proclaman los acontecimientos del pasado y la intensidad de las fuerzas puestas en juego; resulta, por tanto, que si consideramos todos estos factores con sus valores relativos y en su lugar correspondiente, sin más que recurrir á los estudios geológicos, á la observación atenta y á las deducciones que por sí mismas se presentan, dispondremos de materiales bastantes para determinar con la posible certeza las formas y extensiones respectivas de los mares y continentes en cada una de las diversas etapas que han mudado la faz de la tierra.

Aplicando estos procedimientos á nuestro territorio, intentaremos reproducir cuáles debieron ser las formas geográficas sucesivas en las grandes eras, y asimismo indagar si de esa serie de transformaciones puede deducirse el origen y causa del actual aspecto orográfico.

ERA AZOICA

El mapa que tenéis á la vista representa lo que era nuestra Península cuando ocupaban casi toda su superficie los mares paleozoicos.

Grandes trastornos, ejerciendo su acción sobre la débil corteza apenas consolidada, habían exhundado de tal manera las tierras graníticas y cristalinas primordiales, que sobre la vasta extensión de los mares aparecía, por lo que se relaciona con nuestro territorio, un gran archipiélago formado de numerosas islas áridas, tristes, desnudas, dominando escasamente la superficie de los mares, pero poniendo ya al descubierto las comarcas Galaicas, parte de la Lusitania, de la Vetonica, de la Carpetania y de la Bética, y dibujando los primeros trazos de algunas de las cordilleras que habían de cruzar su suelo.

Hacia el N. otros pequeños islotes marcaban otras tantas crestas de los venideros montes Pirinaicos, y varios asomos señalaban los montes costeros de Cataluña. El principal islote granítico, causa y principio del continente que debía ser nuestra España, extendiéndose muy probablemente

te algo al O. y al N. y rebasando los límites de los actuales y pintorescos furdos en que se recortan sus actuales costas, se prolongaba al S. hasta Ciudad Rodrigo y Coria, en dirección de otro gran islote que comprendía todo el espacio limitado próximamente por Plasencia, Ávila y Riaza, bajando hasta Talavera, Toledo y Navahermosa; varias otras islas, no tan extensas, divididas por las aguas paleozoicas marcaban los sitios donde debían levantarse Evora, Albuquerque, Cáceres, Montánchez y gran parte del espacio que había de ocupar la sierra Mariánica, límite extremo por entonces y durante ciclos inmensos de nuestra Península por aquella parte del Mediodía.

Al NE. asomaban los rudimentos de los montes Laietanos y se señalaba de modo marcado la mole Pirinaica, para continuar luego en las Cevennes y la mesa central de las Galias.

Tales fueron las tierras primordiales de nuestro territorio que han permanecido constantemente emergidas desde entonces, si bien muy probablemente menguando algún tanto en sus diversas extensiones en la larga serie de trastornos luego acaecidos.

Ocupado lo restante de la Península por mares dilatados, empieza entonces en su seno la acumulación de los materiales arrancados á las partes exundadas por los agentes destructores, y por tanto, la formación de los terrenos sedimentarios, que vienen á aumentar y consolidar la corteza terrestre.

Pasan edades cien, intervienen repetidas veces las acciones dinámicas para variar la repartición de los mares y continentes, y por fin, tras una serie de transformaciones de tanta amplitud que hasta mudan las condiciones de nuestro planeta con la aparición la vida vegetal y animal, se presenta nuestra Península al final de la era Paleozoica en la forma que he procurado representar en el segundo de estos mapas, donde con los mares triásicos se inaugura la época *mezozoica* ó *secundaria*.

Pero antes de entrar en la descripción geográfica de esta era, interesa notar de pasada un hecho de grandísima im-

portancia. Hacia el final del mundo antiguo, obedeciendo á la influencia de un calor excesivo, igual cuando menos al de la zona tórrida, de una extremada humedad y quizás merced también á algunas otras circunstancias especiales que desconocemos, todas las partes bajas continentales hallábanse cubiertas por grandes ciénagas é inmensos pantanos de aguas detenidas que poblaba potentísima vegetación de las más extrañas formas. Bosques admirables de Auracarias, de gigantes Sigillarias, de elegantes Lepidodendros, de gallardos Lomatophoios, de graciosos Calamites unidos por multitud de lycopodiáceas, de Esquisetáceas y de Helechos herbáceos, extendiendo por doquier sus apretados tallos, formaban masas sombrías que, destruídas frecuentemente por los repetidos movimientos del suelo, llegaron con su lenta acumulación y con las transformaciones que hubieron de sufrir á convertirse en esas ricas capas combustibles que andando el tiempo habían de ser el más poderoso elemento de la industria de nuestros días.

Marcamos en el mapa con rayas negras los puntos en que se hallan reconocidos los afloramientos, cortos en número por desgracia, de esas capas, añadiendo como consuelo que, si sólo aparecen á nuestra vista algunos potentes asomos, testigos elocuentes ó restos de denudaciones posteriores, conviene no olvidar que los depósitos hulleros, aunque se oculten á nuestros ojos, ni se hallan acantonados en los puntos en que precisamente asoman, ni limitados á cuencas aisladas, pero que por la inversa se despliegan y desarrollan sobre vastas extensiones en donde en muchos casos investigaciones bien dirigidas pueden hacerlos descubrir por bajo de terrenos más recientes.

ERA MEZOZOICA

La era mezozoica ó secundaria se señala muy particularmente en nuestra Península por la disminución de los mares que la cubrían y por la considerable extensión de la parte continental, aumentándose con nuevos territorios agregados

á los ya enumerados; el gran golfo Leonés-Salmantino desaparece y en gran parte también el de Nueva Castilla, dibujándose una larga línea de costas, de la cual sobresalen sucesivamente los dos promontorios, puntos extremos de los montes Arevacos y Mariánicos, y continuando luego hasta el cabo de San Vicente por otra línea perpendicular á la primera.

Hacia el NE. hallábanse circunscritos casi en sus propios límites los montes Pirinaicos, los Laietanos y los grandes islotes centrales de San Millán, Ateca y Calatayud, ocultándose bajo las aguas sus extremos más orientales, en tanto que hacia el S. se muestra notablemente ensanchada la mole Bética-Orospedana, separada todavía de la Península por estrecho canal. En el segundo período de esta era cuando se exhunda la España Triásica y reinan en nuestra Península los mares jurásicos, las comarcas centrales y occidentales se hallaban por completo fuera de las aguas, y muy probablemente debía enlazarse nuestro principal territorio, por aquel rumbo, con otros continentes más occidentales todavía; principiando el cordón litoral algo por cima de Aveiro, bajaba casi rectamente al S. hasta el cabo de San Vicente, torcía al E. hasta las inmediaciones de Arcos para dirigirse luego al NE., alcanzaba algo más allá de Albacete, y remontándose por junto á Hinarejos, Brihuega y Palencia, iba á juntarse en Santander con las playas cantábricas, sin pasar más allá de Avilés.

Al NE. se destacaban los Pirineos rodeados por completo por las aguas jurásicas, y apuntando unas, otras emergidas casi totalmente, aparecían asimismo las cimas de los montes Laietanos, las sierras de la Demanda, Cebollera, del Moncayo, de Vicar y Algairén; las de Almenara, Molina, Albarracín y Ministra; á lo lejos hacia el S. la cordillera Bética unida á los montes de la Libia formaba otro gran territorio, y en el intermedio de unos y otros continentes y de aquellos grandes archipiélagos, multitud de islotes de diversos tamaños y formas, entorpeciendo el curso de las aguas, desviaban sus corrientes y rompían sus olas.

Variadísimas debieron ser las circunstancias físicas bajo

cuya influencia se formaron los diversos depósitos en aquellos extensos mares; en su primera parte dominaron los estratos de rocas arcillosas y margosas, como resultado de los barros producidos por la descomposición de los materiales arcillosos ó pizarreños anteriores, procedentes, ora del fondo del mismo mar, ora de los continentes cercanos, y vinieron luego potentes capas calizas, que merecen señalarse por la singular circunstancia de constituir las en su totalidad la agrupación de millaradas de pequeños esferoides calizos ó ferruginosos; casi siempre de igual volumen en el mismo estrato.

La interrupción repentina anteriormente citada de los mares jurásicos por cima de Aveiro y el no aparecer vestigio alguno de esta formación en todo el extenso y recortadísimo litoral desde este punto hasta Avilés, sobre un largo de más de 1.200 kilómetros, circunstancia tanto más de notar cuanto, como ya queda dicho, cualquiera que sea la intensidad de los agentes destructores, no alcanzan nunca á borrar en totalidad los vestigios de lo que fué sin que en un punto ú otro persistan algunos restos que atestigüen su anterior existencia, induciría á creer que el mar jurásico debía terminar por aquella parte formando algún golfo y que, enlazándose con el continente Galaico-Lusitano, existía por aquel entonces alguna ó algunas grandes comarcas enteramente exhundadas que desde junto á Leira y Mondego cortaban el paso á las aguas jurásicas; comarcas que debían extenderse también al N. hasta unirse con la isla Armoricana, cerrando el golfo de Vizcaya, y que prolongándose muy probablemente en diversas formas por el N. y Occidente de Europa, alcanzarían á la Florida, Terranova y el Labrador, según puede presumirse del hallazgo en Aveiro y Avilés, por Forbes y Riveiro de numerosas especies vegetales fósiles, similares á las de la propia época en aquellas regiones; pues es sabido que las especies vegetales requieren para la extensión de sus zonas ó completa continuidad ó cortas interrupciones. Por lo demás, corroboraría esta presunción la potencia de los estratos jurásicos del cabo Mondego, descubiertos hoy sobre un espesor de 1.400 metros que puede servir de norma para formar idea de los

hundimientos sucesivos que dieron principio á la sumersión de aquellas comarcas occidentales, llamadas á desaparecer en totalidad por recientes acontecimientos.

Hacia el E. de nuestro gran continente el espesor y la casi horizontalidad de las capas del Lias, que pasan por grados insensibles á la formación siguiente, parecen señalar un movimiento de descenso paulatino y progresivo, aunque interrumpido á veces, por otros movimientos de intumescencia, pues ciertas capas jurásicas se muestran labradas en fajas por las conchas perforadoras. En algunos puntos, especialmente al S., debió ser tan lento el descenso que dentro de los mismos sedimentos se mezclan y confunden los representantes biológicos del tramo superior de este período con los que anuncian el principio del cretáceo, sin que quepa el trazar distintamente las fronteras de la vida que comienza de la que se halla en vísperas de desaparecer.

En resumen, para nuestra Península, el período de los depósitos jurásicos parece señalar aquellos mares como de escasa profundidad, sembrados todos ellos de numerosos arrecifes y con islas innumerables, sobresaliendo por doquier cuya agrupación, mayor que en la época anterior y entorpeciendo las corrientes, favorecía el lento trabajo de los políperos y espongiarios. Entonces alcanza la vida extraordinario desarrollo, y á la vez que legiones de ammonites y belonites bogaban en todos sentidos, el inmenso archipiélago que interrumpía la superficie de los mares ostentaba en todo su desarrollo la más brillante vegetación; bosques umbrios de cicádeas, de coníferas, de helechos arborescentes cubrían el suelo y servían de abrigo á los primeros mamíferos (el *Phascolotherium* y el *Amphitherium*) que animaron las playas del mundo mezozoico; multitud de reptiles se escondían entre las altas hierbas; en los aires el pterodactilus ensayaba su pesado vuelo y con sus encarnizados combates turbaban la tranquilidad de las ondas marítimas aquellos colosales reptiles, los plesiosaurios é Ichthyosaurios, que alcanzaban hasta diez metros de longitud.

Á los repetidos movimientos de descenso y de intumescencia sigue por fin otro impulso mayor, una ulterior revolución

que, sin alterar notablemente la orografía de nuestros territorios, señala el principio del período inmediato, iniciándose al principio con cierta vaguedad y marcándose luego con caracteres más decididos. Toda la costa Lusitana se alza repentinamente, y aunque quedan algunas lagunas salobres desde Setubal al cabo Mondego, se extienden las aguas cretáceas por todo el litoral, doblan la sierra hasta algo más allá de Osuna, y pasando junto á Málaga, bojean el continente que nos unía con África para extenderse por Anghera y Tetuán hasta las vertientes occidentales del pequeño Atlas.

Hacia el Oriente la región Mediterránea continúa en su mayor parte sumergida durante todo el tiempo que corresponde á la mitad inferior del cretáceo, y sólo entonces una nueva contracción de la corteza terrestre abre á la invasión de las olas el gran continente occidental, que hasta aquel momento había dominado casi constantemente las aguas; desaparecen en totalidad las comarcas Palentina, Leonesa, Vallisoletana y Salmantina, así como en gran parte las de Madrid, Cuenca y Toledo; el promontorio Arevaco se une con las sierras Ministra y de Albarracín, para separar las aguas de ambas Castillas; Javalambre, Portaceli y Espadán forman una sola isla, y en tanto que los Pirineos y los montes Laletanos, apenas divididos por el estrecho del Fluvia y del Ter, oponen al Noroeste y al Levante una extensa barrera entre las aguas Ibéricas, las de las Galias y las Mediterráneas, dilatado mar interior que por ancha gola comunica con el golfo de Vizcaya, confunde en una sola las cuencas de Duero y Ebro y extiende libremente sus ondas de Levante á Poniente, sin más estorbo que la grande isla que al reunirse forman las sierras de la Demanda, Cebollera, del Moncayo y del Algairén.

Otro levantamiento al separarse los depósitos de la creta superior de la Tobácea, marca más señaladamente las nuevas riberas, y asimismo las cimas principales de la sierra Bética, entonces poco elevadas, y hace asomar á lo lejos los montes Torrellas y Toro en las Baleares; hacia el S. extiéndese el inmenso mar cretáceo para penetrar en la Libia

entre el cabo Tres Forcas y el Ued-Mazafrán, hasta morir en las pendientes septentrionales del Atlas.

Coincidiendo también con este levantamiento, el estrecho Bético, cerrado temporalmente desde el depósito de los sedimentos titónicos, se abre de nuevo entre el Yelmo y la Sagra, para dar paso á las olas del cretáceo superior, y éstas depositan los materiales que las acompañan tan pronto sobre los estratos más inferiores como sobre los del grupo indiatamente anterior, quedando hoy todavía, y á pesar de las denunadaciones posteriores, algunos hitos como señales de su paso.

Numerosas marismas y algunos lagos de agua dulce completan el aspecto orográfico de este período, último de los de la era Mezozoica, que por largo tiempo hubo de dominar en nuestro territorio y en el cual ya se dibujan los rasgos principales de su actual estructura; cierto es que sus sierras y cordilleras no alcanzaban con mucho las altitudes que hoy ostentan, pero ya existían sus rudimentos y sólo faltaba un movimiento de escasa amplitud para que tomaran su actual relieve.

ERA NEOZOICA Ó TERCIARIA

Á la era Mezozaica sigue la Neozoica ó de los terrenos llamados terciarios que comprende todas las rocas sedimentarias ó ígneas que se depositaron ó llegaron á la superficie entre el fin del período cretáceo y los primeros fenómenos cuaternarios. (Tercer mapa.)

Iníciase este período con el exhundimiento casi total de nuestro territorio. Dos son únicamente los puntos que invaden los primeros mares terciarios; el uno al NE. junto á la gran mole pirinaica, ocupa la cuenca del Ebro, llegando hasta más allá de San Vicente de la Barquera, en el golfo de Vizcaya; el otro, aprovechando á su vez el estrecho Bético, lo llena en toda su amplitud, manteniendo libres por este lado las comunicaciones entre el Mediterráneo y el Océano; en lo restante las tierras dominan por completo, como no sea,

sin embargo, en algunas pequeñas lagunas aisladas y en ciertos golfos y ensenadas que penetran poco en el interior del gran continente.

La cuenca del Ebro, levantada momentáneamente en las postrimerías de la época anterior, había quedado reducida á corto número de lagunas, pero al iniciarse el gran levantamiento de los Pirineos, cuyos primeros efectos empiezan á notarse en este nuevo orden de cosas, debió experimentar un descenso correlativo al alzamiento progresivo de la gran cordillera, descenso tanto más pronunciado cuanto más se iba acentuando el relieve de la cordillera, pues si bien es verdad que el levantamiento final de los Pirineos es posterior al depósito de los sedimentos numulíticos y el que todo á lo largo de las vertientes S. y N. de la sierra, las capas más caracterizadas de esta formación se elevan sobre sus laderas á una altura suficiente para mostrar que participaron por completo de su influencia hasta alcanzar las cimas de las tres Sorrores y los gigantescos escarpes del circo de Gavarnía no es menos cierto que ya desde el comienzo de esta nueva época empezaron á iniciarse los primeros movimientos de aquella gran perturbación orográfica, cuyo primer efecto fué el afirmar la unión entre los montes Cantábricos y los más avanzados del Pirineo, oponiendo, por tanto, en el golfo de Vizcaya poderosa barrera á las aguas oceánicas que por ese lado habían hasta entonces invadido nuestra Península.

Separada todavía, sin embargo, en varios eslabones la cordillera Pirinaica, quedaban libres las comunicaciones entre los mares numulíticos de ambas vertientes, llegando desde la cuenca del Adour y del Garona hasta algo más allá de San Vicente de la Barquera, donde tropezaba con las playas del territorio boreal al que aludíamos anteriormente. En la parte del Ebro esta cuenca constituía un mar tranquilo cuyas profundidades iban en aumento á medida que se alzaban los Pirineos, mar sin mareas, cuyas costas acantiladas fueron suministrando sus elementos á los depósitos sucesivos, y que no pudiendo dar salida por sus pocas y reducidas comunicaciones con los restantes mares del N. y del E. á la enorme cantidad de materiales detríticos y geiserianos que recibía,

hubo poco á poco de rellenarse paulatinamente, aislándose por fin, y terminando de este modo idéntico á sus principios en unas cuantas lagunas, en las que los organismos lacustres llegaron á sustituirse á los marítimos. En el estrecho meridional, por la inversa, francamente abiertas las comunicaciones entre el Mediterráneo y el Océano, la naturaleza de las rocas que formaban ambas riberas, la velocidad de la corriente, que no consentía la permanencia de las rocas detríticas arrastrándolas rápidamente hacia los grandes mares, y las circunstancias físicas completamente distintas de aquel extenso brazo de mar, explican sobradamente la falta de los conglomerados, de las margas y de los maciños, el predominio de las calizas y también el no haberse señalado hasta el día por todo el extenso espacio donde corrían sus aguas depósito alguno lacustre que pueda referirse á aquella época, y también el que en los períodos siguientes los marítimos son siempre los que dominan hasta el total surgimiento de aquellas regiones.

Por lo demás, en una y otra parte de nuestro territorio, esta época se distingue por el espesor de sus depósitos y por la energía de las acciones dinámicas á que debieron hallarse sometidos posteriormente, como lo prueban de sobra las compresiones y pliegues que muestran las capas y las altitudes á que fueron elevadas.

En cuanto á la vegetación, sus caracteres se adelantan de tal manera que el desarrollo de la vida animal, y los brillantes paisajes que se presentan en las numerosas tierras exhundadas nos muestran con los bosques de verdaderas palmeras y de coníferas la flora admirable de las inmediatas selvas miocenas.

MARES Y LAGOS MIOCENOS

La segunda época de la era Neozoica que, considerada bajo el punto de vista orográfico, es la de los mares y lagos terciarios miocenos en nuestra Península, se distingue por el desarrollo de estos últimos, que llegan á ocupar más de 127.000 kilómetros de su superficie.

Al principio, continuando todavía por algún tiempo las diversas causas climatológicas en actividad durante el período anterior, las aguas pluviales, al reunirse en las depresiones del terreno, dieron, naturalmente, lugar á ciertos depósitos asimilables en un todo á los del eoceno superior, explicándose de tal manera ciertos sedimentos que se señalan con tales caracteres tanto en Castilla la Nueva como en las cuencas de Duero y Ebro en la base misma del mioceno. Por lo demás, nuestro territorio afectaba ya en su esencia los trazos característicos de su actual orografía. Después de la general y gradual entumescencia ocurrieron hundimientos parciales, y en tanto que las diversas cordilleras presentaban de modo más marcado aquellas formas principales que venían bosquejándose desde la época cretácea, en las depresiones internas las aguas alcanzaban un incremento en extensión y profundidad desconocido en verdad hasta este momento histórico. Entonces aparecen unidas las cuencas de Ebro y Duero que comunicaban entre sí, ya por Briviesca, ya por Ateca y Calatayud; Tajo y Guadiana formaban una sola laguna tan inmediata á los mares contemporáneos, por el Bonillo, Peñas de San Pedro y Chinchilla, que unas y otras aguas invadían con frecuencia el cordón litoral que les servía de mutuas fronteras, mezclándose las aguas dulces con las saladas.

En Portugal, las cuencas del Mondego, del Tajo y del Sado eran otros tantos lagos más ó menos dilatados, y hacia el Ocaso, el Sur y el Oriente, los mares miocenos formaban profundos golfos, multitud de ensenadas, calas y abrigos que labraban las costas con los más variados contornos, en tanto que por el estrecho del Guadalquivir, penetrando las ondas marítimas por Archidona y Loja hasta Granada, dirigíanse luego por entre el más complicado archipiélago á confundirse con las mediterráneas ya por Alcázar, Yecla y Monóvar, hasta doblar el cabo de San Antonio, ya por Cazorla, Huéscar y Cartagena.

Aislado de nuestra Península el macizo Penibético, permanecía unido todavía al continente africano, por entre cuyos montes cretáceos y numulíticos se abrían camino los mares miocenos, como más adelante habían de hacerlo también los

del período plioceno, que luego les sustituyeron, los cuales á su vez invadieron igualmente todas nuestras playas, algunas de nuestras cuencas internas y en su mayor parte la grande y pequeña Balear, sin alterar en gran manera el aspecto orográfico general, ni penetrar mucho en lo interior, salvo por la cuenca del Tajo en que llegaban más allá de Badajoz.

Lo que en realidad imprime un sello especial á la España terciaria, en casi todos sus diversos períodos, es la presencia de los grandes lagos, que exceden casi en extensión las tierras exhundadas, y que rodeados por elevadas cordilleras y por dilatado mar sembrado de multitud de islas é islotes en las proximidades de la imponente masa Bético-Orospedana, determinan para todas estas regiones un carácter esencialmente insular, dotándolas de un clima húmedo, tropical con visos de templado. La fauna y flora de aquella época confirman plenamente estas deducciones, mostrando confundidas multitud de especies tropicales con otras de las regiones templadas y frías, cuyo contraste debía prestar singular encanto á aquellas tierras revestidas de la más brillante vegetación, así en sus marismas y pantanos como en sus montes y cordilleras. Plantas, arbustos y árboles siempre verdes cubrían el suelo, y selvas inmensas de palmeras, tulíperos, caneleros, nogales, álamos, alcanforeros, caprichosamente dominadas por espesísimos bosques de pinos, encinas, enebros y abedules, recreaban la vista por doquier, mientras por todas las laderas de los montes discurrían multitud de corrientes hasta rendir sus animadas aguas á la región de los lagos, después de atravesar aquellas inmensas praderas que poblaban numerosos rebaños de aquellos enormes mamíferos (Mastodontes, Dinoterios, Linocoterios y Antracoterios), asombro de nuestras presentes generaciones, mezclados con otros no menos numerosos rebaños de Ciervos, Antílopes, Hypparios, etc.

Tampoco era extremada la temperatura de nuestra España terciaria, pues según los cálculos del profesor Oswald Herr, sólo debió marcar un aumento sobre las condiciones actuales de 9° , sin pasar de 23° y 21° para la temperatura

media y oscilando entre las máximas de 47 y 45° y las mínimas de 2 y de 0°.

Teniendo en cuenta todas estas diversas circunstancias, no es ya difícil explicar la permanencia durante tan largos períodos de aquellas grandes masas de aguas interiores, que no siendo alimentadas por caudalosos ríos ultrapeninsulares, de los cuales no queda rastro alguno, parecerían no haber podido contrarrestar victoriosamente la continua evaporación. Pero la distinta configuración de nuestro territorio y de los comarcanos, su situación especial al extremo de un inmenso Océano que, con cortísimas interrupciones, se extendía hasta las regiones Índicas; sus masas montañosas, cuyas altitudes alcanzaban ya entonces hasta algo más de 2.800 á 3.000 metros y que cubrían en su casi totalidad selvas impenetrables; la forma y disposición de sus multiplicadas crestas y de todos los demás accidentes orográficos, son causas todas que obraban de consuno para atraer y concentrar en no escasa cantidad la inmensa evaporación producida por tan extensas masas de agua, manteniendo sobre las cumbres perpetuo manto de nubes que el enfriamiento natural convertía á su vez en lluvias abundantes y repetidas.

Reuníanse, por tanto, en casi todos sus términos los mismos elementos que hoy detienen en la elevada cordillera del Himalaya las nubes procedentes del Océano Índico, y cuya influencia hace llegar la cantidad de agua derramada á 7^m,67 hacia la vertiente occidental de los Ghattes y á 14^m,80 en Cherra Ponjee, en los montes Garrows y al Sur del valle de Brahmaputra. Y como en las regiones tropicales la evaporación máxima anual sólo asciende á 5^m, resulta con toda evidencia, aun sin llegar á las cantidades que da la observación en los puntos citados, por más que éstos no tengan nada de improbable, que las lluvias frecuentes y torrenciales de nuestro clima terciario peninsular fueron causa más que sobrante para alimentar los numerosos y caudalosos ríos existentes dentro de su territorio y para suplir con creces las pérdidas debidas á la evaporación; y es esto tanto más probable, que por poco que nos fijemos en el régimen de nuestras corrientes fluviales, tenemos que reconocer que, aun los

más caudalosos, son meros arroyos al compararlos con lo que fueron en otros tiempos; Tajo, Ebro, Guadiana, Duero y Guadalquivir, así como sus tributarios y los de menos renombre, trazan apenas pequeño surco enmedio de sus antiguos cauces, que á gran distancia elevan de ambos lados sus formidables cantiles ó extienden sus lechos de guijos ó arenas superpuestas. Las fuentes y manantiales mismos de donde nacen han disminuído extraordinariamente en volumen ó surgen á niveles más bajos; blancas cascadas de piedra marcan el paso irrefragable de las tumultuosas cataratas de otros siglos, y en sus cercanías, escalonadas á alturas varias, multitud de cavernas abren sus enormes fauces, por completo revestidas de toba, señal indeleble de la pasada grandeza de aquellos veneros y pruebas irrefragables de los poderosos torrentes que arrojaban por doquier (1).

Hoy no quedan ni ríos, ni lagos, ni selvas umbrías; también se secaron los inmensos pantanos, y sólo restan los rayos abrasadores que ahuyentan y disipan las nubes; cada día que pasa empobrecen nuestras fuentes y modifica nuestro clima, augurando un porvenir más tenebroso que nuestro presente, si previsor remedio no ataja el mal que ya estamos tocando.

Con el plioceno termina la era terciaria, sin que grandes variaciones alteren las formas de nuestra Península, á no ser un ligero movimiento de entumescencia algo más pronunciado en las regiones orientales que en las occidentales, á cuya influencia se debe que las aguas pliocenas no entren sino muy poca tierra adentro.

ERA MODERNA Ú HOMOZOICA

Llegamos por fin al término de este largo viaje, entramos en la era moderna, llamada también Homozoica por coincidir con la aparición del hombre sobre la tierra, el hecho más notable de la creación para nuestra raza.

(1) Nacimiento del río Cuervo, afluente del Tajo.

El movimiento general de entumescencia, iniciado con anterioridad al último de los períodos terciarios, se señala más marcadamente; ascienden tanto las grandes cordilleras como las dilatadas cuencas, y hacia el promedio de la era ocurre bruscamente el gran accidente orográfico, que atravesando nuestra Península de S. á N. marca su carácter genérico, ora formando moles de elevadísima altura, ora cuetos y lomas apenas perceptibles.

Como primer efecto de esta perturbación peninsular, que determina entre otros fenómenos la aparición de la gran divisoria Ibérica, los grandes lagos que ocupaban vastas regiones interiores pierden sus condiciones de permanencia, sus aguas afluyen hacia una ú otra pendiente, y ahondando grietas, derribando obstáculos ó salvando barreras, se abren paso, ora por extensos y dilatados cauces para llegar al Océano, ora rompen cordilleras precipitándose con violencia á través de enormes acantilados, para confundirse finalmente con el Mediterráneo. Horribles destrozos señalan su paso, y cuando por fin, tras largo período, cesa la inundación y quedan en seco las comarcas centrales, se cierra el estrecho Bético y se rompen los últimos eslabones que nos unían hacia el S. con el continente Africano, al Levante con las Baleares y al NO. y Poniente con los territorios de aquella Atlántida famosa, hoy sepultados en su casi totalidad bajo las ondas.

Es la época de las grandes ruinas por diversos tiempos acumuladas (aluvium rojo, aluvium gris) y aportadas por olas inmensas que rápidamente pasan asolando y barriendo todo lo que encuentran á su paso; por vez primera aparece también el frío, agente novísimo en el régimen de nuestro globo, del que no ofrecen señal alguna las épocas anteriores, y que apenas nacido, parece como querer dominar todo el hemisferio boreal, dos veces invadido por sus nieves; neveros y glaciares, que con los surcos que labran en las rocas, con los regueros de cantos y peñascos sin desgaste que siembran á su paso, marcan el rumbo de sus *ríos de hielo*; es la época, por fin, de esa espantosa erupción volcánica que, envolviendo todo el globo en tres largas hileras perpendiculares entre sí, vomita por trescientas bocas,

tronando á la vez, torrentes de lavas y espesa lluvia de piedras y cenizas entre densas nubes de gases y vapores; cataclismo espantoso, que mostrando la continuidad de las mismas fuerzas, recuerda los primeros albores de la creación, y cuyo relato, conservado en todas las cosmogonías, ha dejado tan hondas trazas en la memoria de los miserables pueblos esparcidos sobre la faz de la tierra, por obrar de consumo el agua y el fuego, los dos más poderosos agentes de destrucción.

Estos últimos acontecimientos, separados naturalmente por tiempos de calma y reposo, son los que determinaron geográfica y orográficamente, por ahora cuando menos, el aspecto actual del globo y de nuestra Península.

Ocioso fuera seguramente entrar ya en más pormenores sobre la era cuaternaria, cuando son tan recientes las sabias conferencias desarrolladas brillantemente por mi buen amigo D. Juan Vilanova; pero por referirse á nuestra raza, tiene tal transcendencia el hecho de la aparición del hombre hacia los promedios de esta era, que aun saliéndome en cierto modo del cuadro de las consideraciones geográficas, añadiré algunas palabras para esclarecer, á mi entender, punto tan combatido.

Los yacimientos perfectamente comprobados, en los cuales se notan los primeros restos de la especie humana, pertenecen á la parte media del cuaternario, encerrando, asimismo los instrumentos y armas que imaginó el hombre para acudir á su defensa y á sus necesidades. Primero escasos estos yacimientos, se han encontrado luego en localidades diversas en bastante número para determinar diferencias esenciales que tenderían á establecer varias razas y procedencias diversas dentro de las mismas condiciones. La contemporaneidad del hombre con el oso de las cavernas establece desde luego una regular antigüedad; sin embargo, algunos sabios pretenden á más y quieren remontar su origen hasta el terciario, pensando quizás, y esto con razón, que aquel clima hubiera sido más apropiado al individuo, más favorable al desarrollo de la especie.

La cuestión en el fondo no tiene verdadera importancia,

pues tratándose de tiempos de tan remota antigüedad toda cronología directa se hace imposible; atribuir, por tanto, los comienzos de nuestra raza á una ú otra era llega á ser completamente indiferente; hay, sin embargo, en contra del pretendido abolengo terciario una consideración que se me ocurre y que, valga por lo que valga, he de exponer á vuestra consideración.

Á falta de una cronología directa, imposible de todo punto como acabo de expresarlo, queda, sin embargo, el recurso de establecer una cronología relativa fundada en hechos comparables entre sí, que puede conducir á idénticos resultados.

Del rápido relato que habéis tenido la bondad de escuchar queda, cuando menos, adquirido sin reserva alguna, á falta de otra enseñanza, el tiempo realmente inconmensurable que requiere para su constitución é incremento cada una de las formaciones de cualquier época, y, por tanto, pueden presumirse, si no contarse, los ciclos infinitos que hubieron de separar las formaciones miocenas de las del período medio cuaternario, sin más que tener en cuenta el espesor relativo de las capas respectivas, y el considerar asimismo que varias de las especies vegetales y animales entonces florecientes gozaron de tiempo bastante para aparecer, desarrollarse y recorrer el curso entero de su existencia.

Sentadas estas premisas y considerando que la especie humana, por sus aptitudes, inteligencia y facultades especiales, camina con tal rapidez que desde el estado rudimentario demostrado en los yacimientos del cuaternario hasta la época actual ha llegado á realizar los progresos que apreciamos en su cultura, en sus hábitos y en todos los ramos del saber, ¿cómo explicar que siendo por todo extremo infinitamente mayor el tiempo transcurrido entre las capas terciarias, tomadas en cualquiera de sus divisiones, y las de los yacimientos cuaternarios citados, se presente entonces completamente sumido en el más miserable desarrollo, inepto, incapaz, dejando apenas traslucir algún destello de su inteligencia, como si en todo ese largo transcurso de tiempo su espíritu hubiera permanecido aletargado y sus facultades cristalizadas en cierto modo en su impotencia?

La resolución de esta simple proporción matemática constituye una dificultad que no acierto por mi parte á descifrar y un argumento contra la remotísima antigüedad pretendida, sin que, por lo demás, en la ciencia haya ni pueda haber repugnancia alguna en admitir al hombre terciario, siempre que sus restos se hallen dentro de capas pertenecientes real y verdaderamente á este terreno.

Con esto daremos punto á la conferencia de esta noche, dejando para el próximo martes el estudiar la influencia de las diversas formas descritas en la orografía actual de nuestra Península.





Á JUANA

¿Cómo lo he de olvidar, si es mi ventura
recuerdo tan feliz? La noche oscura,
el tren que raudo vuela,
triste fanal que apenas ilumina
tu faz alabastrina
y tu contorno airoso de gacela.

Vago conjunto que en la sombra vaga
se deslía y se borra. Cual la maga
que, rompiendo su broche,
de la concha en que mora sale inquieta,
vi aparecer tu hermosa silueta
sobre aquel fondo negro de la noche.

Y una voz escuché, que parecía
canto sonoro, mágica armonía.
¡Era tu duce acento
que transportaba con serena calma,
olas de paz al alma,
olas de inspiración al pensamiento!

Sentí, pensé, gocé, y en mi delirio
 abrazaba la palma del martirio
 que hoy en silencio lloro.
 Entonces fué placer, dolor más tarde;
 entonces ¡ay! el corazón cobarde
 no se atrevió á gritar: ¡Juana, te adoro!

—

Todo cantaba amor. Los rayos suaves
 de la aurora, los trinos de las aves,
 el sol, que la muralla
 de sombras destruyó, la voz del viento.....
 ¡Sólo en aquel momento
 mi pobre corazón palpita y calla!

—

Seguía el tren su infatigable marcha;
 sobre el cristal, cuajaba en limpia escarcha
 la gota de rocío;
 tus ojos se cerraban dulcemente,
 y esperando el calor del sol naciente,
 —Tengo sueño—dijiste,—siento frío.

—

Mi manta te ofrecí, con que cubriste
 tu cuerpo helado ya; luego dormiste.
 Yo, junto á tí velaba.
 Tu sueño era feliz; mientras dormías
 alegre sonreías
 y yo, con tus sonrisas, me embriagaba.

—

Fijos en tí los ojos, ni un momento
 apartaba de tí mi pensamiento;
 y en sueños de ventura
 arrullado y en dulce confianza,
 no pensaba que es humo la esperanza
 y que el placer de la ilusión no dura.

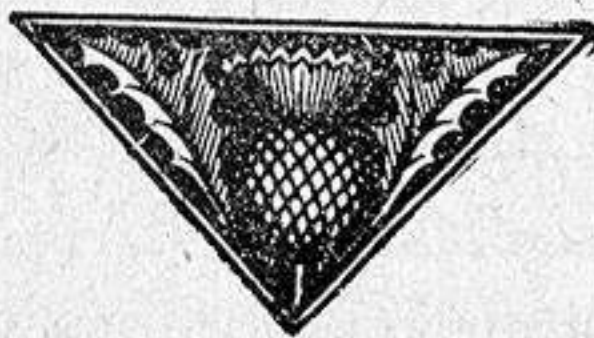
—

Despertaste por fin á mediodía;
yo estaba loco ya, mi frente ardía;
te hallé más hechicera,
leí en tu faz reparador contento.....
¡Ay! En aquel momento
llegaba el tren á la estación postrera.

—

—Adiós—tú me dijiste,—soy tu amiga.
—Adiós—te conteste,—Dios te bendiga.
Tu mano estaba helada;
luego te vi partir y sentí frío.....
¡El sol no da calor; el pecho mío
necesita el calor de tu mirada!

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.





LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR DON JUAN PÉREZ DE GUZMAN

CONTINUACIÓN (1)

DEL MISMO CONDE DEL BASTO

SONETO

AL MAUSOLEO LEVANTADO Á SAN ISIDRO, PATRÓN DE MADRID,
CON MOTIVO DE SU CANONIZACIÓN

Piadoso de Artemisa afecto caro
A cenizas de amor el Mausoleo
Dió maravilla al mundo, que el deseo
De eternidad formó de mármol Paro.

Calle el milagro bárbaro, que raro
Lustre inmortal propuso al regio empleo,
Pues hoy le gana el árbol de Peneo
Preciosa pira de esplendor más claro.

Primero en majestad, aunque segundo
De que eres cielo tu valor informa
De Isidro en cuanta gloria tiene el suelo.

¡Oh! sepulcro del sol, milagro al mundo
Por arte, por piedad, materia y forma,
Pues divides Imperio con el cielo!

(1) Véase la pág. 289 de este tomo.

DEL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL

DON JUANETÍN DORIA,
ARZOBISPO DE PALERMO

SONETO

Á LA MUERTE DE DON FERNANDO AFÁN DE RIBERA ENRÍQUEZ,
VI MARQUÉS DE TARIFA

Edificio inmortal fundó Fernando
En la divina y reluciente cumbre,
De la encendida llama y clara lumbre
Que al serafín más puro está abrasando.

Y de piedad sus rayos adornando
Al mismo cielo en él la tierra alumbre,
Y con pincel de luz de su vislumbre
La eternidad nos vaya dibujando.

Que así digo y celebro, oh fuerte pecho,
Que el daño recibido en la corteza
Descubre el corazón limpio y seguro.

Pues cedistes al tiempo y su derecho:
Gozad la eternidad como una alteza
Donde no alcance ó pueda olvido obscuro.

DEL EXCMO. SR. D. RAMÓN GUILLÉN

DE MONCADA

PRÍNCIPE DE PATERNÓ Y DUQUE DE MONTALTO Y DE BIVONA

SONETO

EN LA MUERTE DE DON FERNANDO AFÁN DE RIBERA HENRÍQUEZ
VI MARQUÉS DE TARIFA

Detén el paso, caminante, y mira
Mucha piedad, á quien impía suerte

Con las amarilleces de la muerte
Mudó en horror, que oculta breve pira.

En tiernos años la entereza admira,
La santidad del corazón más fuerte,
La caridad mayor; y en ella advierte
Cuanto perdida el mundo la suspira.

Sirva de ejemplo; muéstrele camino,
Tan bien dispuesta vida, que hace espanto;
Déle esperanzas fin tan peregrino,

Y cese la terneza, el largo llanto;
Pues quien en vida y muerte fué divino,
Á tanto ha de obligarte tanto á tanto.

DE DOÑA ANTONIA DE MENDOZA

DAMA DE LAS REINAS D.^a ISABEL Y D.^a MARIANA

Y DESPUÉS CONDESA DE BENAVENTE

ROMANCE

Cuando sale el alba hermosa
Se alegran los campos verdes,
Dando alabanza las aves
Á la primavera alegre;
Cuando una hermosa zagala
Manos blancas y ojos verdes,
Se ausenta de su cabaña
Por unos celos que tiene;
¡Qué bien llora sus desdichas
¡Qué bien dice lo que sientel
¡Bien sabe dar á entender
Todo lo mucho que quiere!
—«Oh tú, causa de mis males,
Tirano de mis placeres,
Tengas, cuando te casares
Vida triste y celos siempre!
Tu velada te aborrezca;
Y, si caricias le hicieses,

Te vuelva enojada el rostro
 Y con mil penas te deje.
 Vuélvate el rostro de noche;
 No te hable; y si te viese,
 Sea para maldecirte,
 Agraviarte y ofenderte.»—
 Esto Filena decía,
 Y el valle sus penas siente,
 Á quien el eco responde
 Cantando de aquesta suerte:
 «Ruego á Dios, zagala,
 Quien te da celos;
 Que de amor se pierda,
 Y se encienda en ellos.»

DE LA MISMA CONDESA DE BENAVENTE

MOTES

I

Á LA MUERTE DE LA REINA D.^a ISABEL DE BORBÓN, MUJER DE FELIPE IV

Al cielo sube Isabel
 Del suelo, porque es estrella:
 Y naide ganó más que ella;
 Ni naide perdió más que él.

II

EN LAS CÉDULAS DEL DÍA DE REYES EN PALACIO. —DE REPENTE

El galán que me quisiese
 Siempre me regalará,
 Porque de él se me dará
 Lo mismo que se me diere.

DE D. LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

CARDONA Y ARAGÓN

DUQUE DE SESA Y DE SOMA, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN
DEL TOISÓN DE ORO

SONETO

EN LA MUERTE DE LOPE DE VEGA CARPIO

¡Oh! Lope, ingenio todo admiraciones,
Y admiración de los ingenios, vive;
Vive en mi fe, que pira te apercibe,
En mi dolor á eternas duraciones.

Verás constantes mis veneraciones,
Que en láminas del alma el alma escribe,
Y de mi amor en oblación recibe
El corazón nevado en corazones.

¡Quién pudiera tu ingenio merecerte,
¡Oh fama de ti mismol por pagarte
Lo que sin él no puedo yo debertel

¡Quién pudiera tu espíritu heredarte,
Para honrarte á finezas en la muerte
Tanto cuanto en la vida supe amarte!

DE D. LOPE HURTADO DE MENDOZA

Y MORENO OSORIO

MARQUÉS DE ALMAZÁN, CONDE DE MONTEAGUDO

SONETO

EN LA MUERTE DE FREY FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO, DEL HÁBITO
DE SAN JUAN

No ha muerto Lope, pues aun hoy respira
La fama con aliento dilatado.

Y el olvido, que á tantos ha borrado,
Apenas de los ojos le retira.

Antes parece ya, según se mira
De nuevos esplendores adornado,
Que la llama vital, que sopló el hado,
Le esforzó con la llama de la pira.

Y si en lo activo de ese incendio ha sido
El término preciso, en lo luciente
Vincularán los tiempos lo mudable.

¡Oh grande admiración! Pues ha podido
De una llama, que ardió caducamente,
Resultar una luz indeclinable.

DE D. MARTÍN DE LEDESMA Y GUZMÁN

MARQUÉS DE PALACIOS

GENTILHOMBRE DE CÁMARA DEL REY FELIPE IV Y DEL CARDENAL INFANTE

SONETOS

I

ESTE SONETO SE HIZO Á LO QUE SE DEBE DISIMULAR: QUE SI SE
CASTIGARA TODO, FUERAN MÁS LOS CASTIGOS QUE LOS HOMBRES

Cuando miente del año la esperanza
El cultor de los campos ofendido,
Entre el sollozo triste, entre el gemido,
Maldice del autor la confianza.

Y del tranquilo mar en la mudanza
El náutico clamor embravecido
Blasfema de los cielos atrevido
Y espera de otro culto la bonanza.

No ignora la divina Providencia
De Júpiter sagrado y misterioso
Que padecen sus aras ofendido;

No lo perdona á todos su paciencia,
Ni todo lo castiga rigoroso:
Que sobrarian las muertes á las vidas.

II

ESTE SONETO SE HIZO Á UNA HIEDRA QUE USURPABA LA DIVINIDAD DE UN LAUREL, Y POR SALIR EN LA OCASIÓN QUE EL CONDE DUQUE SE RETIRÓ, SE TUVO POR MALICIOSA ESTA ALUSIÓN

Esa yedra soberbia y lisonjera
 Que de asombrar este laurel blasona,
 Que con mentido culto le aprisiona
 Y con fingido culto le venera;
 Ciencia tiene de voz: ¡oh si le oyera
 La Sacra Majestad cuando perdona,
 Ó permite cautiva su corona
 Que ambición alevosa le prefiera!
 Si contra fuerza tal tarde las leyes
 Introducen el público consuelo
 Á la violencia, los derechos pasen;
 ¡Oh Española! ¡Oh Francial! ¡Redimid dos Reyes!
 Fulminad rayos que, imitando al cielo,
 Respeten el laurel, la yedra abrasen.

III

Á LA MUERTE DEL REY GUSTAVO ADOLFO DE SUECIA, EN UNA BATALLA,
 HERIDO DE UN MOSQUETE

Aquel soberbio intento en que se viera
 Si no feliz, constante la osadía;
 El que asombro del mundo parecía
 Y el que esperaban que castigo fuera;
 Desvaneció veloz, como la esfera
 Que forma el agua de la lluvia fría,
 Ó cual despide, al fallescer el día,
 Fingida estrella la región primera.
 Y en su fin de la pólvora la llama,
 Que con lo breve y material del daño
 Envuelve las memorias que eterniza,

Dió fuego á lo mentido de la fama,
Calor á la razón, luz al engaño,
Humo á la envidia, á la ambición ceniza.

IV

Á LA MUERTE DE LA MARQUESA DE LA HINOJOSA EN TAN BREVES AÑOS

Murió porque nació la flor hermosa,
Y aquella parte de vital aliento
Quiso aspirar á sacro monumento,
Quiso vivir en ambición gloriosa.

¡Oh! tú, del sol tan breve mariposa
Que á la vida prestaste un escarmiento,
Allí en tu esfera vivirá el aliento
Que en límites humanos no reposa.

Feliz admiración de los mortales,
Á tan breves espacios reducida,
No te ofendieron causas naturales.

Tú apresuraste el curso á la partida;
Que á tan hermosas luces celestiales
No llegan las ofensas de la vida.

V

Á LA MUDANZA DE UNA DAMA

Esta selva que viste florecida,
Teatro hermoso de atenciones tantas,
Y ya la miras de arrancadas plantas
Sólo por los sepulcros conocida;

Fué al culto de Amarilis construída
Con sacramento y ceremonias tantas;
Si no supiste primaveras cuantas,
Penetra más la estancia dolorida.

Que en ella viven hoy secas cortezas
Coronadas de motes españoles,
Bien que cifradas hallarás algunas.

Recata con su ejemplo las finezas:
Que lo que amor cultiva en cuatro soles,
Pudo acabar el tiempo en menos lunas.

VI

AMOROSO

Rompa del corazón la imagen pura
Este ciego dolor, y su tormento,
Por más que viva firme en el intento,
Borre lo figurado en la figura.

Que si ofende lo mismo que asegura,
Ya le basta á una pena un escarmiento:
¡Muera el pesar que vive tan violento
Que aun niega á sus cenizas sepultura!

No adolezca de agravio la fineza,
Ni mi cuidado que te adora grato
Perezca más porfía que terneza.

Yo moriré, señora, en mi recato:
Que, cuando más acuso tu belleza,
Vive dentro del alma tu retrato.

VII

Á AMARILIS, DOÑA MARIA DE ARAGÓN, DAMA DE LA REINA
DOÑA ISABEL DE BORBÓN

Yo, Amarilis, vencido del destino,
Seguí la luz que recaté al deseo;
Y en el incendio que abrasar me veo
Erraron mis aciertos el camino.

Ahora que en la dicha peregrino
Á tus umbrales mis cenizas leo;
Cuanto en mi muerte sus estragos creo
Tanto me alivia en la elección el tino.

Permite ahora á la ternura mía
Que sienta prevenido un desengaño
Y llore con amor un escarmiento.

Que si alumbrado de la luz porfía,
Si muere dulce, á sombra de su engaño,
¿Que sagrado le queda el pensamiento?

DEL MISMO MARQUÉS DE PALACIOS

POESÍAS VARIAS

DEDICADAS Á AMARILIS, DOÑA MARÍA DE ARAGÓN, DAMA DE LA REINA
DOÑA ISABEL, MUJER DE FELIPE IV

LA JORNADA Á ARANJUEZ

CARTA Á AMARILIS

Llegué, Amarilis hermosa,
Á este florido jardín,
Cuando soñoliento el sol
Se retiraba á dormir.
Hallé contentas las flores
Por la muerte del abril,
Que con la gala de mayo
Mejoraron su matiz;
Muy presumida la rosa
De que puede competir
Con el coral de tus labios
Y á tus perlas el jazmín;
Bien vestidos de esperanza
También los árboles vi,
Que se concede á los troncos
Lo que se me niega á mí.
De su prisión el clavel
Aun no se atrevió á salir,
Porque son muy perezosos
Los recatos del carmín.
Este cristal que soberbio
Forma campos de zafir
Á lo dulce de tu nombre

Suspendió su discurrir,
Embarazaron el viento
Los suspiros que le dí,
Que de tan ligeras alas
Quise mi daño vestir.
Agora padece el alma
Hasta que vuelva á salir
La Majestad, (Dios le guarde)
A esa aldea de Madrid.

A UN JILGUERO

ENDECHA

Alegre jilguerillo,
En vano te diviertes,
Si llevas en el alma
Memorias que te ofenden.
Aunque mudas las ramas,
Las penas no se mueven,
Que no mejora el sitio
El mal que se padece.
Ni al pico cuando canta,
Al sol cuando amanece,
Las luces le mejoran,
Sus rayos le divierten.
Fingidas alegrías
Y mentidos placeres
Más ofenden que halagan,
Más dañan que entretienen.
Los montes que te escuchan
Piadosos se entretienen;
Los prados se lastiman;
Las aguas se entristecen;
Y tú, galán del alba,
Del aire ramillete,
Engañas las auroras
Por engañarte siempre.

ESTRIBILLO

Llora, jilguerillo,
 No engañes las flores:
 Que ausencias del día
 Las lloro de noche;
 Aquel triste canto,
 El valle responde,
 Que ofende dos veces
 Mentir los favores.
 Deja los engaños,
 Pájaro, á la corte,
 Que ausencias del día
 Las lloro de noche.

ROMANCES

I

ESTOS VERSOS HIZO EL MARQUÉS DE PALACIOS
 AL DUQUE DE MONTALTO

CUANDO SE CASÓ CON LA SEÑORA DOÑA CATALINA DE MONCADA,
 Y SE FUÉ Á VILLAVICIOSA, ALDEA Á TRES LEGUAS DE MADRID

Señor Duque de Montalto,
 Ya de vos mismo señor,
 Pues sobran las esperanzas
 También en la posesión;
 Muy dueño de la fortuna
 Y muy árbitro del sol,
 Adonde cuerda no tiene
 La envidia jurisdicción,
 Porque ¿cual llega atrevida
 Á tan alta presunción
 Que la desvanece el hielo
 Ó la desluce el calor?
 Después que Palacio triste,
 Y muy contento el amor,
 El uno siente su falta
 Y el otro logra su arpón;

Que también de las estrellas
En su brillante esplendor
Se permiten soledades,
Pero sentimientos no.
También á su esfera llega
De las penas la impresión
Más disculpada la ausencia,
Pero muy tierno el dolor;
Hasta la puerta se queja
Y tiene mucha razón,
Que no se escucha un acierto
Tan presto como un error.
Yo padezco en sus umbrales
Mi venerada prisión
Tan conforme en el desdén
Como extraño en el favor.
Yo vivo de aquella pena
Y muero de aquella voz,
Que de tan dulces heridas
No se queja el corazón.
Siempre acierta quien elige
Por felicidad mayor
La razón en el destino,
El destino en la razón.
Logre, señor, vucelencia,
La dicha que mereció
Hasta que le falte al mundo
También la respiración.

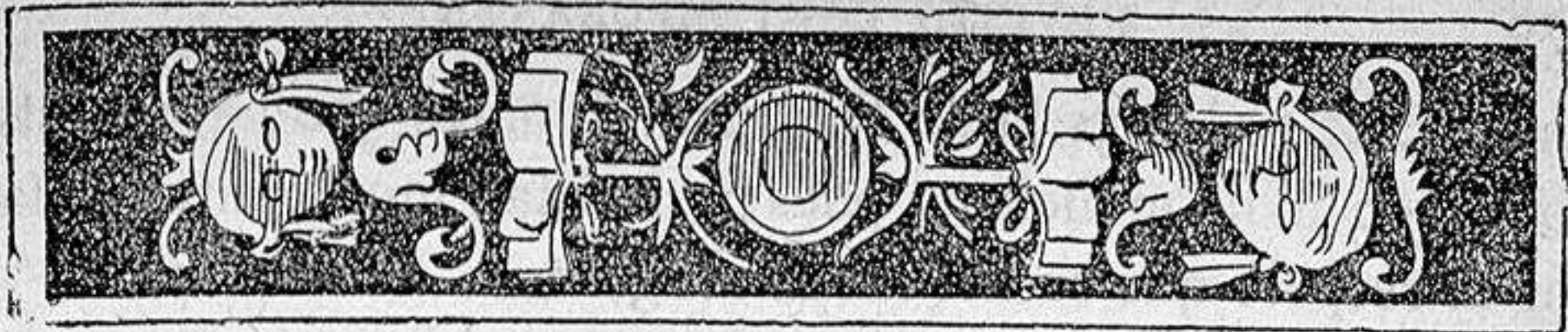
RESPUESTA DEL DUQUE DE MONTALTO, DON RAMÓN GUILLÉN
DE MONCADA

Señor Marqués de Palacios:
Nunca fuí menos señor
De mi esperanza, que cuando
Espero en la posesión.
Pues no cabe en mi fortuna
La jurisdicción de un sol
Que á fuer de tan soberano
De nadie es jurisdicción.

Bien confiesó que la envidia
Pierde aquí la presunción,
Pues Icaro de sus rayos
La fulmina su calor;
Si el Palacio queda triste
Culpe á la ausencia de amor,
Pues donde no asiste Cloris
Falta vida y sobra arpón.
Pues en sus negras estrellas
Traslada tanto esplendor
Que á Madrid las sombras fía,
Pero sus orientes no.
Arda en mí como en su esfera
La llama, cuya impresión
Es tan tirana que goza
Quejas del común dolor.
Traducido á estos umbrales
Dejo en doblada prisión
De un amor en un castillo
De un desdén que ya es favor.
Ya pasó la amante pena,
Y en decencias de la voz,
Sólo parecen ya juntas
Las penas del corazón.
Siempre acierta aquel que adora;
Y si hay acierto mayor,
Es rendir á tanto acierto
Aun lo llano en la razón.

(Se continuará.)





RELACION

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

CONTINUACIÓN (I)

Se representa en el patio ó en la calle del Presidente del Consejo á quien corresponde. Asiste el Rey, y todas las personas de importancia reciben billetes la víspera para que acudan. Fuimos convidadas, y me chocó sobremanera que encendiesen extraordinario número de antorchas mientras que el sol caía á plomo sobre las cabezas de los cómicos y hacía que aquéllas se fundiesen como manteca. Representaron la pieza más tonta que en mi vida he visto. Hé aquí el argumento.

Se han congregado los caballeros de Santiago y el Señor se aparece y les ruega que le admitan en la orden. Varios de aquéllos acceden, pero los antiguos manifiestan que les perjudicaría el admitir á una persona de origen plebeyo; que su padre San José fué un pobre carpintero, y su madre, la Virgen Santísima, trabajó de costurera. Nuestro Señor aguarda con suma inquietud el acuerdo que recaerá. Se determina, con algo de pesar, rechazarlo. Pero al punto se decide instituir para él la orden de Cristo, con lo que todos quedan satisfe-

(1) Véase la pág. 241 de este tomo.

chos. Esta orden es la de Portugal. Y no es que hagan estas cosas con un fin malicioso, pues preferirían morir antes de faltar al respeto que se debe á la religión.

Las representaciones de los autos duran un mes. Estoy tan cansada de verlos que los evito cuantas veces me es posible. Se sirven muchos confites y agua helada, que buena falta hace por el calor excesivo que hace y por el polvo que ahoga. Me alegré en extremo de encontrar en el hotel del Presidente de la Hacienda á don Agustín Pacheco y á su señora, de quienes ya os he hablado. Hallábanse allí porque son parientes de aquél. Estábamos cerca unos de otros, y en cuanto terminó la fiesta nos fuimos á pasear al Prado, á la francesa, esto es, caballeros y señoras en un mismo carruaje. Don Federico de Cardona estaba allí; tuvimos echadas las cortinillas mientras hubo mucha gente, con motivo de la joven española. Pero como nos quedamos hasta más tarde, el señor Nuncio y Federico Cordano, Embajador de Venecia, hicieron que su coche se acercase al nuestro, y estaban conversando con nosotros, cuando de pronto vimos una gran iluminación á lo largo del paseo y aparecer sesenta cardenales montados en mulas con sus manteos y birretes rojos. El Papa venía después llevado sobre un estrado cubierto de alfombras; estaba bajo un dosel, sentado en un sillón, la tiara y las llaves de San Pedro sobre un almohadón y un hisopo lleno de agua de azahar, con el cual rociaba á todo el mundo. La cabalgata marchaba seriamente. Cuando llegaron al extremo del Prado, los señores cardenales empezaron á dar vueltas y hacer contorsiones para alegrar á Su Santidad: los unos arrojaban sus birretes por cima de los árboles, colocándose con tal acierto que aquéllos les cayesen en la cabeza. Otros se ponían de pie sobre la silla de las mulas y las hacían correr cuanto podían. Gran muchedumbre del pueblo servíales de cortejo. Preguntamos al señor Nuncio lo que significaba aquello, y nos dijo que nada sabía, pero que la broma no le agradaba. Envió á preguntar de dónde procedía el Sacro Colegio. Averiguamos que era la fiesta de los panaderos, y que tenían la costumbre de hacer todos los años la misma ceremonia. Al Nuncio le daban ganas de empezar á repartir bastonazos. Había ya ordenado á sus

espoliques que armaran camorra, pero nosotros intercedimos en favor de aquellas gentes, cuya única intención era celebrar el santo. Sin embargo, alguno que había oído las órdenes perturbadoras de la tranquilidad pública se lo comunicó al Papa y los cardenales. No se necesitó más para introducir el desorden en la fiesta. Escapáronse como pudieron y su temor fué causa de que nuestro entretenimiento se acabara tan pronto. En Francia no se consentirán tales mascaradas; pero hay cosas que son inocentes en un país, y que quizás no lo serían en otro.

Sabedora mi parienta de la cortesía con que habíame rebibido D. Agustín Pacheco, le convidó á cenar. Le rogué que se acordara que me había ofrecido hablarme de lo que sabía respecto á las Indias.—Voy, díjome al punto, á hablaros de las llamadas Indias occidentales, á las que pertenece parte de América.

Bajo el reinado de Fernando, Rey de Castilla y de Aragón, el genovés Cristóbal Colón descubrió esta parte del mundo en 1492. Como fueran los españoles los primeros que hallaron esa afortunada tierra desconocida de los europeos, dióseles la propiedad al Rey Fernando y á la Reina Isabel por una bula de Alejandro VI. Nombró á ellos á y sus sucesores vicarios perpetuos de la Santa Sede en todo el vasto país. De suerte que los Reyes de España son señores espirituales y temporales, que nombran los Obispos y beneficiados, y perciben los diezmos. Su poder es más extenso allí que en España, porque hay que notar que América sola forma una de las cuatro partes del mundo, y que poseemos más terreno que todas las demás naciones reunidas. El Consejo de Indias, que está establecido en Madrid, es uno de los más importantes del Reino, y como hay necesidad de mantener una correspondencia muy frecuente entre España y las Indias, de enviar órdenes y sostener íntegramente la autoridad de la Corte, se ha creado una Cámara particular compuesta por cuatro de los individuos más antiguos del Consejo de Indias, los cuales entienden en los asuntos de hacienda y envían las expediciones por los secretarios del Consejo.

Además de esta Cámara, que está en Madrid, hay otra en

Sevilla, llamada Casa de contratación, que se compone de un presidente y de varios consejeros de toga y espada, con los oficiales necesarios. Los consejeros de espada entienden en los asuntos relativos á la flota y galeones. Los demás consejeros administran justicia. Las apelaciones de este tribunal pasan al Consejo de Indias de Madrid. Se tienen registros en la Casa de contratación de Sevilla, en donde se anotan las mercancías que se remiten á las Indias y las que se reciben, para impedir que se defraude al Rey en sus derechos; pero eso sirve de poco: las comerciantes son tan hábiles y los que les obligan á dar cuenta se prestan tan fácilmente á repartirse las ganancias, que el Rey no resulta mejor servido; y su derecho, que es de un quinto, se le paga tan mal que no recibe la cuarta parte de lo que le pertenece.

El Consejo de Madrid es el que propone al Rey los súbditos que han de desempeñar los virreinos de Nueva España y del Perú. Conviene advertir que todos los empleos se dan cada tres años ó cada cinco, á fin de que un solo hombre no se enriquezca, mientras que hay muchos otros que necesitan una parte de los beneficios del Príncipe.

En los parajes de las Indias donde no hay Virrey, el Presidente es también Gobernador. Cuando muere un Virrey se encarga de sus funciones el Presidente, hasta que el Gobierno le nombre sucesor. Su Majestad Católica es quien da esos elevados destinos y los gobiernos de mayor importancia. Los Virreyes proveen los gobiernos de menor categoría y, sin trabajo, pueden reunir en un quinquenio de quinientos á seiscientos mil escudos. Nadie va allí sino para enriquecerse, y tan exacto es esto, que hasta los religiosos á quienes se envía para predicar la fe y convertir indios, regresan al concluir la misión con treinta y cuarenta mil escudos. El Rey dispone de varias pensiones, afectas á los pueblos de Indias, que dan de dos mil á seis mil escudos anuales y sirven para recompensar á los súbditos.

Las Islas Filipinas, que están cerca del reino de China, pertenecen al Rey de España, y su comercio consiste en seda. Su conservación cuesta más que lo que producen.

No ha faltado razón á los castellanos para no querer que

hubiese ninguna clase de manufactura en las Indias, ni que se hiciesen telas ó cualquiera otra cosa indispensable. Á causa de esta política tiene que ir todo de Europa, y como los indios son aficionadísimos á la comodidad y á adornarse, sacrifican gustosos el dinero para lograrlo. De esta suerte se les impide que ahorren, porque se ven obligados á comprar muy caras las menores bagatelas que les llevan y con las que les distraen.

La flota se compone de algunos buques cargados de mercancías que se envían á las Indias, y hay además grandes embarcaciones de guerra llamadas galeones que, por orden del Rey, escoltan á aquéllos. Dichas embarcaciones no deberían llevar ninguna mercancía, pero la avidez por ganar, hace que se desobedezcan las expresas prohibiciones del Rey, y van á veces tan cargadas, que si las atacaran no podrían defenderse. Cuando las embarcaciones parten, la expedición que obtienen los comerciantes del Consejo de Indias de Madrid cuesta para cada uno de tres mil á seis mil escudos, según el tamaño de los buques. Es fácil colegir que, puesto que tanto se paga, hay seguridad de ganar mucho más.

Los galeones no van más que hasta Portobelo, adonde se lleva toda la plata del Perú. La flota se separa de ellos en este sitio, y continúa el viaje hasta Nueva España. Los galeones van desde Sanlúcar hasta Cartagena de Indias en seis semanas ó dos meses á lo sumo. Se detienen poco allí, y en cinco ó seis días llegan á Portobelo, que es un barrio situado en la costa de América, de aire muy mal sano y calor sofocante. Al otro lado del istmo, á diez y ocho leguas de distancia solamente, está la ciudad de Panamá, adonde llevan del Perú gran cantidad de plata en barras, y mercancías, que se transportan en carros hasta Portobelo, en donde están los galeones, y que es uno de los puntos del universo en que se verifica una feria mayor; en menos de cuarenta ó cincuenta días se despachan allí por valor de veinte millones de escudos, de todo linaje de mercancías de Europa, pagadas al contado. Terminada la feria, los galeones vuelven á Cartagena, en donde se verifica un gran comercio de mercancías de las Indias y de las del reino de Santa Fe

y también de la Morigenta. Luego van á la Habana para proveerse de las cosas necesarias para el viaje, y de aquel punto á Cádiz, en lo que, comúnmente, emplean un par de meses.

La flota se detiene en Puerto Rico para descansar y llega á Veracruz en cinco semanas, y descarga las mercancías, que se transportan por tierra á la gran ciudad de Méjico, distante ochenta leguas. Se efectúa pronto la venta, y la flota emprende en seguida el viaje de regreso á la Habana, que importa hacerlo en los meses de Abril ó de Septiembre con motivo de los vientos del Norte. El viaje de los galeones al Perú dura de ordinario nueve meses, y el de la flota trece ó catorce; algunos particulares van también á sus expensas después de haber obtenido un permiso del Rey y héchose registrar en la contratación de Sevilla. Se dirigen á las costas de Santo Domingo, Honduras, Caracas y Buenos Aires.

Se necesita siempre que la plata que viene de Indias directamente para el Rey la traiga un galeón; luego se le entrega á un maestro de la moneda, que paga al Rey seis mil escudos siempre que hace el viaje y se queda con el uno por ciento de la plata que pasa por sus manos, lo cual es un bonito negocio. Tocante á la plata de los particulares, viene en los buques que ellos designan, y el capitán es quien responde.

Hay un derecho llamado de avería que pesa sobre las mercancías registradas y sobre la plata que se trae de las Indias. Ese derecho es tan considerable que basta para lo necesario á poner los galeones y la flota en estado de efectuar el viaje, y eso que los gastos suben á novecientos mil escudos. El de la flota no es tan grande.

Aquel á quien el Rey elige para general de los galeones le anticipa de ochenta á cien mil escudos, que le son devueltos en las Indias con un subido interés. Cada capitán anticipa también dinero al Rey proporcionalmente al tamaño del buque que manda. Además hay un patache que va con los galeones, se separa de ellos en el golfo de las Yeguas, y se dirige á las islas de la Margarita á recoger las perlas que se pagan al Rey por el derecho del quinto, esto es, la quinta

parte de todas las perlas que se pescan, y en seguida se marcha á Cartagena.

Hace pocos años que á setenta leguas de Lerma se han descubierto minas que son de un gran producto; las del Perú y las de todo el resto de las Indias occidentales dan el quinto al Rey, ya sean de oro, plata ó esmeraldas. En el Potosí hay minas más abundantes que en ningún otro sitio. Toda la plata que se extrae se lleva al puerto de Arica ó se envía desde allí al Callao, que es uno de los puertos de Lima adonde van á recogerla los galeones. El reino del Perú produce al año en oro y plata por valor de once millones de escudos. Se sacan de Nueva España cinco millones de escudos y mercancías que son por lo común esmeraldas, oro, plata, cochinilla, tabaco, lanas de vicuña, palo campeche, bejuar y cueros.

Durante largo tiempo no se han admitido en Nueva España obreros que trabajasen en seda y lana. Ahora los hay, y esto podrá perjudicar á las telas que se llevan de Europa. No se permite que planten olivos ni viñedos, á fin de que se vendan fácilmente el aceite y el vino que allí se transportan. El Rey tiene en Indias, lo mismo que en España, el derecho de vender la bula de la Cruzada para comer carne los sábados y disfrutar del beneficio de las indulgencias.

Á los indios idólatras no se les somete á la Inquisición de las Indias; sólo se ha establecido para los herejes y los judíos. No se consiente que los extranjeros vayan á las Indias, y si alguno quiere ir, ha de obtener un permiso especial que rara vez se concede.

¿Cómo explicaré á usted, continuó D. Agustín, las bellezas de la ciudad de Méjico, las iglesias, palacios, plazas públicas, su profusión de riquezas y su magnificencia y delicias? Ciudad tan perfectamente situada que disfruta en todas las estaciones de una primavera continua, en donde los calores no son excesivos y en donde jamás se sienten los rigores del invierno. No menos hermoso es el campo: en todas las épocas están los árboles cargados de flores y frutos. Cógese en el año más de una cosecha; los lagos están llenos de peces; en las praderas el ganado se apiña, y están llenos los bosques de excelente caza y terribles fieras. Parece que la tie-

rra se abre sólo para entregar el oro que contiene. Descúbrense allí minas de piedras preciosas y se pescan perlas.—¡Ah! exclamé. Abandonemos este país y vayámonos á aquél. Tal descripción me encanta, pero como el viaje es largo, se necesita, si os parece, señora, dije riendo á D.^a Teresa, que ceneis antes de partir. La cogí de la mano y entramos en el comedor, adonde había yo hecho venir á los mejores músicos, bastante medianos, por cierto, y que en mi sentir sólo tienen de recomendables lo caro que cuestan. Mi cocinero había hecho algunos guisos á la francesa, que agradaron tanto á D.^a Teresa que me pidió le escribiese la manera de prepararlos, y D. Agustín me suplicó que le diera agujas de mechar, de las que en toda España existe una sola. Estuvimos reunidos hasta muy tarde, porque en esta estación se vela hasta las cuatro ó las cinco de la madrugada á causa del calor, por lo que las horas mejores son las de la noche.

Hay determinados días del año en los que todo el mundo se pasea por los puentes que atraviesan el Manzanares; pero ahora las carrozas entran en su lecho; que algunos arroyuelos refrescan. Los caballos padecen mucho en esos paseos, porque nada les desgasta tanto las pezuñas como los guijarros sobre que andan. Se detienen en ciertos sitios del río, en donde se permanece hasta las dos ó las tres de la madrugada. Con frecuencia se reúnen más de mil carrozas.

Algunos particulares llevan de comer, otros cantan y tocan instrumentos. Todo esto es muy agradable en las noches serenas. Algunas personas se bañan, pero, en verdad, de un modo harto molesto. Pocos días ha que lo hace la Embajadora de Dinamarca. Momentos antes de su llegada, los criados abren en la arena un gran hoyo, que se llena de agua, y en el cual se mete la Embajadora. Como comprendéis, no es un baño muy agradable, y sin embargo, es el único posible en el río.

Tal vez no os disguste saber que para hacer aquí las pruebas de nobleza se necesita demostrar que por ambos lados se descende de cristianos viejos. La tacha temible en una familia es que hayan formado parte de ella judíos ó moros.

Como en los pueblos de Vizcaya y Navarra impidió la invasión de los bárbaros la altura y aspereza de sus montañas, tiénense allí todos por caballeros, hasta los mismos aguadores. En España los hijos toman á veces el nombre de su madre, cuando es más ilustre que el de su padre. Pocas familias habrá seguramente que no se hayan interrumpido, y cuyo nombre y nobleza no los haya llevado una hija única á otra familia. No está incluída en esta clase la de Velasco, pues cuentan en su casa diez Condestables de Castilla, de padre á hijo. Cosa singular que, á mi parecer, no existe en ningún otro país: los niños abandonados son nobles y disfrutan del título de hidalgos y de todos los privilegios propios á la nobleza. Pero se necesita para ello que prueben que han sido encontrados y que se les ha lactado y educado en el Hospicio.

Hay grandes casas en España en las cuales poseen casi todos los bienes á título de mayorazgo, y si acontece que se mueren todos los del mismo nombre y también los parientes más cercanos varones, heredan los hijos naturales, si los hay; de no haberlos, el criado más antiguo toma el nombre y las armas de su amo y es el heredero de sus bienes. Á esto se debe que segundones de casas no menos nobles é ilustres no desdeñen el servir en aquéllas, y sus esperanzas están bien fundadas, porque con frecuencia se extinguen las familias, á causa de que las españolas tienen menos hijos que las mujeres de los demás países.

Hace poco que ha ocurrido una funesta aventura á una joven de calidad llamada D.^a Clara. Su corazón no pudo resistir al mérito del Conde de Castrillo, cortesano de agudo ingenio y excelente figura. Hábiale agradado este caballero sin proponérselo, por lo que él ignoraba el afecto que le tenía y no se cuidaba de ello. Aunque el padre de dicha joven estaba ausente, no disfrutaba aquélla de mayor libertad, porque su hermano D. Henríquez, á quien su padre se la había encargado, la vigilaba constantemente. No podía hablar á aquel á quien amaba, lo que constituía para ella el martirio de sufrir sin quejarse y sin compartir por lo menos su pena con quien la causaba. Resolvióse por fin á escribirle

y buscar algún medio para enviarle la carta; pero como este asunto era para ella de suma gravedad, titubeaba en la elección de una confidente, y estuvo así algún tiempo hasta que se fijó en una amiga suya que siempre le había demostrado el mayor cariño; sin más vacilaciones, escribió una carta muy conmovedora al Conde de Castrillo y se dirigía á casa de su amiga para rogarla que se la diese al caballero, cuando le vió pasar cerca de su silla. Este encuentro avivó en ella el deseo que tenía de comunicarle sus sentimientos, y, resolviéndose de pronto, le arrojó el billete aparentando que uno acababa de dárselo al pasar.—Sabed, caballero, dijo en voz alta y como enojada, que no consiento que se dirijan á mí con tales pretensiones. Ahí tenéis vuestro billete, que ni abrirlo quiero. Sobrado ingenio tenía el Conde para comprender la favorable intención de la hermosa dama, por lo que recogiendo el papel cuidadosamente. No os quejaréis, señora, dijo, de que no he aprovechado sus consejos, y se retiró para leer una carta que tanto placer había de causarle. Informóse así de las intenciones de D.^a Clara y de lo que se necesitaba hacer para verla. Á nada faltó y prendóse perdidamente de ella, por lo que con razón se tuvo por uno de los caballeros más afortunados de España. Aguardaban con impaciencia el regreso del padre de D.^a Clara para proponerle el casamiento, que al parecer había de agradarle mucho. Pero por más precauciones que tomaron los jóvenes amantes para establecer y que durara un comercio que era la felicidad de su vida, el suspicaz y vigilantísimo Henríquez descubrió la intriga. Creyóla criminal, y en el arrebató de furia, sin dejar traslucir nada, penetró una noche en la habitación de la desdichada D.^a Clara, y mientras dormía la estranguló con toda la barbarie imaginable.

Sin embargo, aunque se conocía al autor de tan malvada acción, no le persiguió la justicia, porque D. Henriquez tenía gran fama, y como la pobre joven no tenía otros parientes que los de su hermano, la familia no quiso aumentar una desgracia de suyo tan enorme. Después de su crimen fingió Henríquez hacerse muy devoto; no se presentaba en público, oía la misa en su casa y veía á poquísima gente. Temía que

el Conde de Castriello, que no ocultó su desesperación, de la cual había dado testimonios patentes, vengase al fin á su amada. Buscaba las ocasiones con el mayor cuidado, pero después de intentar inútilmente todos los medios que pudo dicurrir, acertó con uno que le dió buen éxito.

Se disfrazó de aguador. Éstos cargan un borrico con grandes cántaros de agua que llevan por la ciudad; van vestidos de bayeta ordinaria, con las piernas al aire y zapatos ó alpargatas. Nuestro amante, disfrazado de esa manera, permanecía todo el día apoyado en el pilón de una fuente, cuyas aguas aumentaba con sus abundantes lágrimas, porque dicha fuente estaba enfrente de la casa en que tan á menudo vió á su querida y hermosa Clara y allí vivía el inhumano Henríquez. Como el Conde tenía los ojos clavados en la casa, distinguió que estaba entreabierta una de las ventanas y que su enemigo se acercaba, con un espejo en la mano en el que se miraba. Al punto, el astuto aguador le arrojó huesos de cerezas, como en broma, y habiéndole dado algunos en la cara, ofendido D. Henríquez por la insolencia del que creía mísero aguador, arrastrado por un movimiento de cólera, bajó solo para castigarle. Pero apenas bajó á la calle, el Conde, dándose á conocer y sacando una espada que tenía oculta.—Traidor, exclamó, defiende tu vida. La sorpresa y el espanto se apoderaron de tal modo de D. Henríquez, que sólo acertó á pedirle perdón, que no pudo alcanzar del irritado amante, quien vengó la muerte de su amada en el que tan cruelmente la había hecho perecer. Difícil le hubiera sido al Conde escapar, habiendo dado tal golpe frente á la casa de un hombre de viso y que tenía gran número de criados. Pero en el momento en que todos iban á echarse sobre el Conde, tuvo la fortuna de que pasara el Duque de Uceda con tres amigos. Salieron en seguida de su carroza y le auxiliaron con tanta oportunidad, que se escapó, sin que aún se sepa dónde está. Me intereso porque le conozco y es un hombre honradísimo.

Es ordinario en este país asesinar valiéndose de varios individuos autorizados hasta por la costumbre, lo que no les acarrea graves perjuicios. Por ejemplo, cuando se prueba

que un hombre ha dado una bofetada á otro ó que le azotó en la cara con el sombrero, el pañuelo ó el guante, ó que le ha injuriado llamándole borracho ó en términos que atacan á la virtud de su esposa, estas ofensas vénganse por el asesinato. Dan como razón que después de tales insultos no sería justo exponer su vida en un combate singular con armas iguales, en el cual el ofendido podría perecer á manos del agresor. Guardarán veinte años una venganza si no hallan antes ocasión de ejecutarla. Si mueren antes de vengarse, dejan á sus hijos herederos de su resentimiento como de sus bienes, y lo mejor para un hombre que ha ofendido á otro es que abandone el país por el resto de su vida. Hanme contado hace poco que un hombre de condición, después de haber permanecido veinticinco años en Indias para evitar la mala partida que quería jugarle otro á quien había ofendido, al saber la muerte de éste y hasta la de su hijo, creyó estar seguro. Volvió á Madrid, no sin tomar la precaución de cambiar de nombre para no ser conocido; pero todo eso no le libró de que el nieto de aquel á quien había maltratado lo hiciera asesinar poco después de su vuelta, y eso que no tenía aún más que doce años.

(Se continuará.)





SIN PECADO ORIGINAL

COPLAS PIADOSAS

SABIDO es que la creencia en la concepción inmaculada de la Virgen María, elevada á dogma por el Sumo Pontífice Pío IX, después de dos siglos de erudición teológica, fué tema de discusión entre algunos inflexibles tomistas y otros escritores de diversas órdenes religiosas. La inmensa mayoría, tanto de los sabios como del vulgo, se declaró en favor de la Deipara

.....inmunis labe parentis Adae.....

(según palabras del vate latino Juan de Robles, en 1616.)

Precisamente en los comienzos del siglo XVII, ardía España, y más aún Andalucía, en el fuego sacro de la devoción mariana. Aquel pueblo y aquel siglo de teólogos atronaba las calles de Granada y Sevilla con discursos y canciones laudatorias del Misterio.

El Dr. Gonzalo Sánchez Lucero, magistral de la metropolitana granadina, catedrático de teología en la Universidad, preguntaba: «¿Sabéis qué cosa es pecado? Una caída del alma..... ¿Cabe en el acuerdo de Dios, tan enamorado de su Esposa, Madre y Amiga, permitirle tal caída?.....»

Y contestaba el granadino Lic. Pedro de Monsalve (*Cancio-*

nes á la Inmaculada Concepción,—Sevilla, 1615), que María, exenta de la mancha primera.....

«.....ella fué el trono y arca,
trazada de aquel grande patriarca
de tablas de madera incorruptible,
donde el maná sagrado
vióse divinamente custodiado.

.....

Lirio blando entre espinas,
de formas celestiales y divinas;
abrasado pebete y oloroso;
huerto cerrado, adonde
ningún contrario su malicia esconde.»

Y el Dr. Agustín de Tejada, poeta del grupo antequerano-granadino, aseguraba también que María

«es el ciprés que corrupción desvía
huerto fuerte y cerrado,
en donde el hombre y Dios se han concentrado.»

Y de todas partes, de Zaragoza, Barcelona, Murcia, Córdoba, Toledo, Baeza, salían voces encomiásticas de la Nazarena concebida sin macha de pecado:

«Ave, Estrella del mar resplandeciente,
madre de Dios santísima escogida,
en la virginidad permanente....»

exclamaba en las orillas del Henares (Alcalá, 1615.—*Alabanzas de Dios y de sus santos*) el agustino P. M. Fray Juan de Soto.

La gracia penetró milagrosamente en la Virgen, y.....

«tan cerrada dejó al entrar la puerta,
que ni aun al pensamiento quedó abierta.....»

estampaba en las octavas de su *Divina, dulce y provechosa poesía* (Zaragoza, 1616), el religioso Fr. Diego de Murillo.

Y acaecía este prodigio porque «el jardín quedó cerrado para Lucifer y para el pecado, y el huerto lleno de fragancia y olor» (según el hijo de Utrera y canónigo de la iglesia de Córdoba, Dr. Pizaño de Palacios, en sus «Dos discursos en confirmación de la Purísima Concepción de la Virgen María, Madre de Dios, reina de los ángeles y Señora nuestra.»—Impresos Sevilla, 1615).

O como un famoso poeta, el M. José de Valdivieso (*Sagrario de Toledo*.—1618, Barcelona), decía en hermosas octavas:

«¡Oh sola sin segunda la primera,
antes libre del lazo que caídas!»

que es la especie de redención preservativa de que hablan algunos teólogos.

No argüía mal, en sus *Nuevas alabanzas*....,—Sevilla, 1615 el toledano Ignacio de Pereña:

«Para ser uno los dos,
desde *ab eterno* criada,
fuiste tan llena de Dios,
que culpa no cupo en vos,
toda de Dios ocupada.
¿Cómo en vos había de entrar,
pues en vos, como en la cruz,
la quiso Dios desterrar?
Que la tiniebla y la luz
no caben en un lugar.»

En la dignidad suprema de Madre de Dios fundaba Cristóbal del Castillo su argumento:

«No rezo como los ciegos,
pues, con ojos de razón,
para ver que en Vos no hay culpa,
basta ser Madre de Dios.»

(*Varias composiciones al misterio de la Inmaculada Concepción.*—Murcia, 1615.)

Y apelaba á la voluntad y poder infinitos el sevillano Blas de las Casas Ales (Granada, 1615):

«Pudo y quiso hacerlo Dios,
y pudiendo, está sabido
que os crió sin culpa á Vos,
porque mancha en tal vestido
no estaba bien á los dos.»

Sevilla fué la ciudad mariana por excelencia. De diez poetas y oradores que se citan en alabanza de la Inmaculada Concepción, más de cinco seguramente son naturales ó vecinos de Sevilla. Así resulta del *Cancionero* dispuesto y ordenado por D. Francisco Rodríguez Zapata, sevillano, poeta, sacerdote, catedrático de retórica en el Instituto de Sevilla, discípulo amado de D. Alberto Lista y cantor del misterio de pureza. Todo el que quiera conocer é historiar la literatura mariana del siglo XVII, acudirá al mencionado *Cancionero*, fuente principal, así como las historias locales, del copioso raudal de poesía devota, ingenua y apasionada, que inflamó la ardiente imaginación de Murillo y puso en los trazos de su pincel las formas celestiales de la Virgen Inmaculada. No quiero analizar las bellezas del monumento poético levantado por el genio andaluz al más bello de los dogmas católicos. Hoy me doy por contento glosando en mala prosa la redondilla popular, glosada tantas veces y repetida en los actos de devoción de toda España desde hace dos siglos y medio:

«Todo el mundo en general
á voces, Reina escogida,
diga fuisteis concebida
sin pecado original.»

Esta copla vulgar, eco fiel del sentimiento religioso, se popularizó inmediatamente, extendiéndose con pasmosa celeridad á los últimos rincones de la Península.

El cronista sevillano Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales*, manifiesta que fué autor de la copla famosísima el piadoso varón Fray Francisco de Santiago, y su glosador un Sr. D. Miguel Cid, natural y vecino de Sevilla, persona acomodada y rica, pero *ingenio lego*, sin estudios ni cultura. El Padre Bernardo de Toro puso en música ó *tono* la glosa de Cid, y se estrenaron las coplas el día de San Ildefonso, 23 de Enero de 1615.

Así sería, en efecto, pero en la impresión de 1672 se afirma terminantemente que compuso la glosa el insigne baezano Alonso de Bonilla, por encargo especial del Ayuntamiento y pueblo de Baeza, devotos del misterio de la Inmaculada.

También se estampó en Sevilla (1617) la mencionada glosa de Bonilla, poeta fácil y suave, que recuerda el tono poético de Fray Luis de León algunas veces. En su patria (Baeza, 1614) imprimió los *Peregrinos pensamientos de misterios divinos*, donde se halla esta *chanzoneta* ó letrilla:

«Hoy sale riendo el Alba,
Alba de un Sol encarnado,
riéndose del pecado,
por ser del pecado salva.»

Diego Villegas de la Cruz, presbítero, beneficiado de la veintena de la Santa Iglesia de Sevilla, y sevillano también estampó en imprenta malagueña (1615) unas «Glosas muy, devotas para cantar en alabanza de la Concepción de Nuestra Señora.....» Son otras glosas de las coplas de Fray Francisco.

Varias son las «Glosas de diferentes autores á la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, sobre aquellos versos que dicen *Todo el mundo en general.....* en la fiesta que se hizo en la iglesia de San Ildefonso, de Jaén, recopiladas por Alonso Pérez, vecino de Jaén,» impresas en Málaga, 1615.

Un viento fresco y apacible sopla por entre las flores de esta colección:

«Toca, Bras, el tamborino,
deja la melancolía,
que esta graciosa María
para darnos gozo vino.

Bailemos ambos á dos,
y alcemos la voz erguida;
pues sin culpa es concebida
la Niña Madre de Dios.»

«Todo el mundo en general,» por lo menos en los dos célebres años 1615-16, loaba con «tamborinos» y canciones á la Inmaculada Concepción. Menudeaban las fiestas religiosas y profanas, los discursos y las mascaradas, los himnos y los sermones.

La cofradía de Nazarenos de Santa Cruz en Jerusalén, congregándose en la iglesia de San Antonio Abad de Sevilla, dedicaba un «Octavario votivo á la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen,» y predicando el primer día (26 Abril 1615) el conocido padre jesuita Juan de Pineda, exclamaba: «.....¿Quién no canta esta primera limpieza, y esta admirable y milagrosa Concepción, repitiendo una y otra vez:

Todo el mundo en general?.....»

Hasta en los púlpitos sonaba la copla vulgar de Fray Francisco Santiago.

D. Mateo Vázquez de Leca, arcediano de Carmona, introdujo la piadosa costumbre de terminar las fiestas y oficios religiosos con estas palabras, que no tardaron en popularizarse y servir de introducción y saludo en el hogar de nuestros abuelos: «¡Alabado sea el Santísimo Sacramento y la Inmaculada Concepción de la Virgen María, Nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original!» Los poetas, los cantores y los músicos se encargaron luego de poner en todos los labios españoles estas alabanzas.

No es posible agotar los elogios poéticos del pueblo andaluz á la Concepción de María. Con motivo de la «solemne fiesta y procesión que hizo la Cofradía de la Pura y Limpia, llevando la bendita imagen del monasterio de Regina Coeli á la iglesia Mayor y de allí al convento de San Francisco,» de Sevilla (1616), decía el autor del poema *La Hispánica*, Luis de Belmonte Bermúdez:

«No en Sevilla veréis persona pía,
grata al Misterio, que con albo cirio
no vaya honrando á la que fué su guía.»

El Betis (según el carmelita Fray Juan Alcayde) alzó su canto alborozado,

«honrando la opinión del sabio Escoto
con fiestas, himnos y perpetuo voto.»

Así puede leerse en la «Relación de las fiestas que la cofradía de sacerdotes de San Pedro Advíncula celebró en su parroquial iglesia de Sevilla á la Purísima Concepción de la Virgen, Nuestra Señora, con el estatuto de defender su inmuni-
dad y limpieza.» La escribió el rector del seminario hispalense, D. Francisco de Luque Fajardo (Sevilla, 1616).

El entusiasmo religioso logró arrancar de Roma declaraciones favorables á la creencia piadosa en la Inmaculada, y Paulo V concedió doscientos días de indulgencia á los que cada sábado cantasen el *Hymnus beatæ Mariæ Virginis*.

M. GUTIÉRREZ.





REVISTA DE TEATROS



EDIABA el año corriente de 1890, cuando varios ingenios de la dramática contemporánea concibieron la feliz idea de escribir en plazo fijo unas cuantas comedias, en un acto, al uso moderno, ya unas con el aditamento casi preciso en los momentos actuales de su correspondiente música, ya otras sin llenar tan imprescindible requisito.

Entonces sonó el título de la que, cumpliendo tan ineludible compromiso, había terminado el popular sainetero de esta época, Ricardo de la Vega, el cual era *Bonitas están las leyes ó la viuda del interfecto*, y ocioso es decir que, siguiendo la mala costumbre de juzgar las obras dramáticas antes que el público, único juez competente, dicte su *veredignum* ó veredicto, se faltó al secreto del sumario, secreto que, con verdad sea dicho, ya ha dejado de ser secreto hasta en las actuaciones judiciales, y se comenzó á poner en las nubes el tal sainete, que reducido á dos actos, se ha presentado, á la vuelta de pocos meses, en el favorecido Teatro de la Comedia.

Bien recibido fué, y con aplauso premió el público el ingenio del autor, aplauso merecido y cortés, lo primero porque lleva el sello peculiar y propio del tan fecundo escritor, y lo segundo porque el público tuvo en cuenta que el don del acierto no ha estado nunca vinculado en persona determinada; en cambio el don de errar es, ha sido y será patrimonio exclu-

sivo de la humanidad, por lo que no es de extrañar que la última producción del Sr. Vega no esté á la altura de las que han brotado de su inagotable pluma, y sobre todo se advierta notable disparidad entre ésta y la del mismo género que con el título de *Providencias judiciales* se estrenó no hace muchos años en el que ya no existe Teatro de Variedades.

Negar que la *La viuda del interfecto*, hablando hipotéticamente, es una moza garrida de mucho temple, mucho chiste, mucha gracia, correcta forma y que está admirablemente representada por Julia Martínez, sería negar la evidencia,

Negar que el Barón de Troncoverde es un tipo perfecto y magistralmente personalizado por Emilio Mario, sería no tener ojos ó no querer decir la verdad.

Negar que siempre en las obras dramáticas de este popular autor resaltan dos tipos acabados, que por sí solos honran una pluma y revelan un talento dramático, y que en esta ocasión los que han sido escritos para la Guerra y Martínez están comprendidos en esta esfera, sería pretender la defensa de un absurdo, en el que nosotros no queremos ni podemos incurrir.

Tampoco se puede negar que la obra resulta lánguida, y en más de una ocasión pesada, y que al segundo acto le falta vida y movimiento, lo que es causa de que palidezca y no resulte con tintas frescas la fotografía de los claustros del Palacio de Justicia en los días de un juicio oral célebre.

De la interpretación nada diremos, y no teniendo frase con que elogiar á todos los actores que en la obra tomaron parte, nos limitamos á enviarlos uno de esos aplausos que nacen del mérito de quien los recibe y de la justicia del que los otorga

*
* *

Desde el bullicio de una audiencia pública nos trasladamos al Teatro de la Princesa, y allí el recogimiento, el misticismo y la hipocresía de *Serafina la devota*, que encarnó Victoriano Sardou, están en oposición abierta con la franqueza, la espontaneidad y la gracia que en aquel cuadro verdaderamente español se refleja.

Pero no por eso falta gracia y vis cómica á la tal devota,

que ingénita en María Tubau y rodeada de la Álvarez y Vallés, Amato, Manso, García y Manini, que de buen grado volveríamos á nombrar en sentido inverso para que todos resultasen en primer lugar, formaron un cuadro digno de mejores tiempos, sin que en éstos, tan contrarios al teatro y al buen gusto, faltase aquella noche ni en las sucesivas falte público inteligente que supo y sabe apreciar el verdadero mérito, distinguir lo bueno de lo malo y tributar su aplauso de justa admiración á los actores del escondido coliseo de la calle del Marqués de la Ensenada.

Juzgada la obra en otras ocasiones, nada diremos de ella, más que por falta de deseo, por falta de espacio, y porque debemos dedicar el poco de que podemos disponer á las obras españolas estrenadas en esta última quincena.

*
* *

Dos estrenos se han verificado en el Teatro Español, el primero, de un drama más bien ideal que histórico, que con el título de *La Estrella Roja* ha escrito en flúidos y castizos versos D. José Fernández Bremón, y el, otro titulado *Los irresponsables*, debido á la pluma del Sr. Dicenta.

El primero pertenece á ese género histórico legendario, en el que va unido al idealismo más completo el lirismo propio de este género de producciones dramáticas.

La expulsión de los judíos, que tiene un capítulo notable rodeado de amargos recuerdos en nuestra historia y en la de Portugal, es su argumento, y si bien la base que sirve de pedestal al drama es histórica y se refiere á la ley de 1506, todo lo demás es perfectamente imaginativo, desenvolviéndose la acción en un terreno ilusorio y dando á los personajes ese vuelo fantástico que en los tiempos del romanticismo dió envidiable fama á los que entonces se dedicaron á cultivar un género que constituyó una clase de literatura especial en aquella época, de la que aún conservamos magníficos y grandiosos monumentos.

Tiene también este drama sus tintes místicos, que tanto influyeron en la antigua dramática española, que guarda en sus

viejos archivos número no pequeño de comedias de santos que á la vez que prueban el genio de los escritores de aquella fecunda época, atestiguan el estado de decadencia que se comenzaba á iniciar en el teatro, y el *Martirio del converso Luis* y la *Historia del Niño de la guardia* aseveran nuestro juicio, tanto en uno como en otro extremo.

La obra está bien planeada y su desarrollo es verdaderamente dramático, así como las situaciones, y su forma es correcta y castiza.

Si el drama no llegó al público, como vulgarmente se dice, no ha consistido en el autor, sino en el público, que no conoce la historia, ó si la conoce, no comprende ó no quiere comprender que esa parte del saber humano es como la base que constituye la guía de las acciones humanas, ya se encierren en el reducido perímetro de la familia, ya en el inmenso espacio de la sociedad en general.

La comparación de los hechos más culminantes de ayer con los de hoy es una enseñanza práctica que normaliza y dirige los actos de la vida, y mirar con frialdad y casi con desprecio aquellos acontecimientos supone una indiferencia punible hacia todo lo que se refiere al presente, acortando así los vuelos de la imaginación, del trabajo, de la industria y de todo cuanto se agita en la esfera de la actividad y el entendimiento, al considerar que no han de dejar rastros ni memoria para los tiempos venideros.

La interpretación, encomendada á la Sra. Guillén y á los Sres. Calvo y Donato Jiménez, fué inmejorable; es verdad que el cuadro de compañía que actúa en el antiguo coliseo del Príncipe se presta más para este género de obras que para las del teatro moderno.

Á éstas pertenece el segundo de los dramas estrenados en el Teatro Español, que más bien que producto de una inteligencia dramática, parece es hijo de una de esas mujeres que agitándose en ciertas esferas, cifra su mérito y no la guía otro objetivo que el hacerse camino entre la muchedumbre y acreditar su nombre y conquistar laureles por la lubricidad de sus movimientos y la desnudez de sus formas. Dentro de este género de literatura devastadora tiene un puesto preferente la

segunda, producción dramática del Sr. Dicenta, como brevemente vamos á demostrarlo, sin valernos de argumentos sofísticos, formas declamatorias y elucubraciones filosófico-modernas y frases retumbantes, tan ostentosas en la apariencia como pobres en la realidad.

Felipe Carvajal tuvo la desgracia de casarse, no sabemos si por amor ó por interés, extremo que debería haber fijado bien el autor. Su esposa le es infiel, la sorprende con un amante, le mata, y aquélla huye, sin que al parecer se sepa dónde se esconde ni se trate de buscarla.

El ofendido esposo, al tomar tan justa venganza, no tiene en cuenta más que su honor ultrajado, su amor vendido, sin pararse á considerar que el que los dos se profesaran podría hacerlos *irresponsables* de tan punible falta, y de tal trascendencia para la sociedad y para Felipe, que le obliga á ocultar su deshonor (que no sería tanta si existiera una *irresponsabilidad* reconocida por los fueros de la razón) en un pueblo, en el que conoce á D. Anselmo y á su hija Margarita, y sin tener en consideración sus deberes de hombre honrado, tanto más atendibles para el que los había aquilatado tomando una venganza en armonía con su amor, su honra ofendida, y de la sagrada obligación que de guardar la suya tiene toda mujer que presume de honrada, seduce á Margarita y pone un sello de infamia y de avilantez á su noble y anterior conducta.

Aparece Carlos, pariente de D. Anselmo, á solicitar la mano de Margarita; recurso tan usado y vulgar como el que sea conocido de Felipe, y que acusa falta de ingenio y sobra de deseo de no cansar la imaginación en buscar otros nuevos; éste, como es *natural*, le refiere su historia, sin comprender que ama á Margarita, no porque no deba conocerlo según la lógica y la razón, sino porque así le conviene al autor, que no quiere fatigar su inteligencia; y Carlos, que es todo un *caballero*, pero más perspicaz que su amigo, al ver que Margarita ama á Felipe, en vez de retirarse ó vengar la honra de aquélla con quien le unían vínculos de sangre, se lo cuenta todo á D. Anselmo, y éste, como es verdaderamente natural, arroja de su casa al seductor; y entonces Margarita, irresponsable, como debió ser la mujer de Felipe, en vez de rechazar al que

arrebató su honor y abusó de su amante inocencia, acude á casa de éste, donde la sorprende D. Anselmo, y al saber su deshonor quiere matar al criminal; pero en vez de conseguirlo sacrifica á su hija, que le cubre con su cuerpo.

Basta y sobra con este sucinto relato para comprender que el drama *Los irresponsables* es absurdo, inverosímil, inmoral y lúbrico, que en el terreno dramático y literario es una aberración con sus ribetes de plagio de todo cuanto se ha escrito con intención de darlo nueva forma, y en el fondo sienta un principio antitético á las leyes del honor, del decoro y del buen sentido.

Si la tesis que trata de plantear el Sr. Dicenta es que el amor nos hace irresponsables de nuestros actos, lo mismo que Felipe y Margarita, pudieron serlo el amante y la mujer de aquél, abriendo, no un portillo, sino una puerta ancha y espaciosa por donde entre triunfante la disolución completa y total de la familia, de los sentimientos altos y sagrados que la cimentan y sostienen, y se entronice majestuosamente el amor libre en toda su extensión y con todas sus consecuencias.

Si trata de resolver el problema de la disolución del vínculo matrimonial por el divorcio, debe aducir argumentos de fuerza en contra y en pro, porque no es una cuestión baladí, sino de verdadera transcendencia, debatida por personas eminentes en las ciencias sociológica y del derecho, y que no se resuelve en una noche ni en un teatro, ni por los que no pueden, ni lo que llevan de vida les ha dado tiempo para estudiarlas concienzudamente.

La forma es correcta, pero nada más; no se encuentran grandes pensamientos, imágenes sublimes ni conceptos elevados, y no excede ni un átomo más á la de cualquiera producción discretamente hablada.

La interpretación por parte de la Srta. Guerrero y Ricardo Calvo y Donato Jiménez todo lo bien y mucho más que permite una obra sin caracteres definidos ni tendencias determinadas.

*
* *

Gente de pluma se denomina un juguete de Javier Burgos,

que es una sátira preciosa contra los escritores del montón, que bien lo merecen por ser cuervos hambrientos que se ceban en la patria literatura casi muerta y sobre sus laureles, tan bien conquistados como mal agradecidos en estos tiempos antiliterarios, por más que, á juzgar por lo mucho que se escribe, parezca lo contrario.

Mucha verdad se advierte en el fondo de la obra, y mucha verdad también en los tipos que ha creado Javier Burgos y con los que se han identificado de un modo admirable Matilde Rodríguez, Balbina Valverde, la Srta. Blanco y los Sres. Ruiz de Arana, Berdio, Guerra, Capilla y Ramírez.

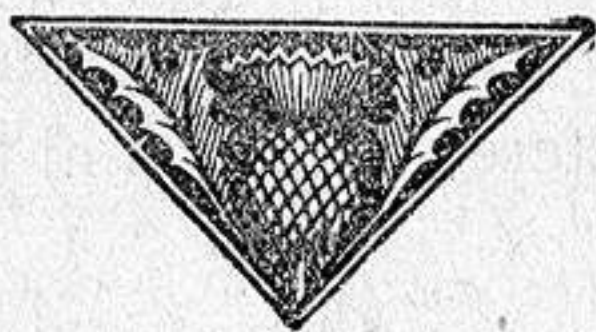
* * *

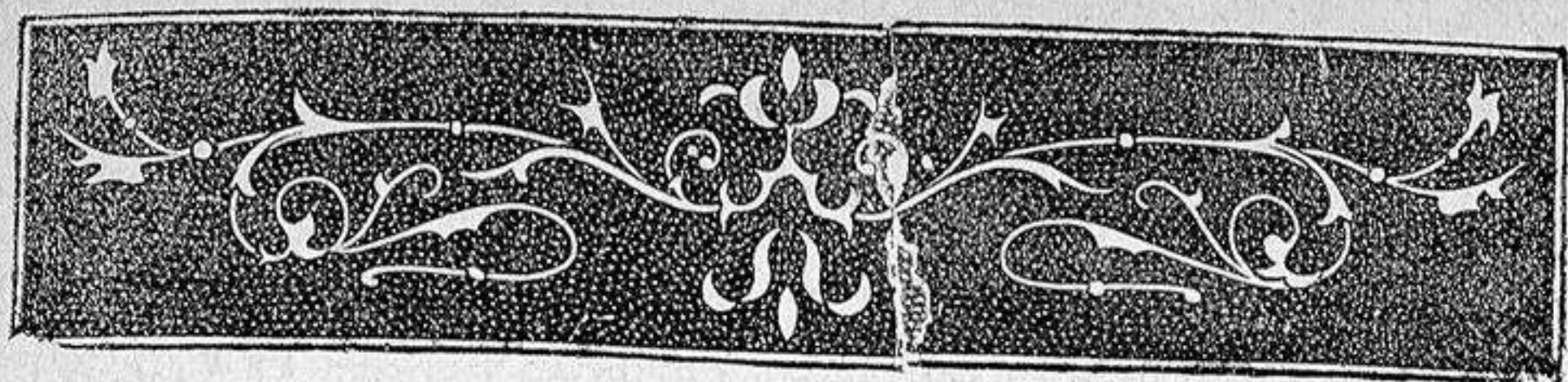
Las memorias del diablo han resucitado en la Zarzuela el antiguo melodrama, que hizo las delicias de los asiduos concurrentes á los antiguos teatros de la Cruz y del Príncipe.

La sombra de Guzmán y de Romea, que dejaron impreso su nombre en la figura de Juan Gotier, ha surgido en el escenario del teatro de Jovellanos, y el interés y agrado con que el público la escuchó ha sido una especie de imán que ha unido el ayer y el hoy, y probado que, á nuestro juicio, el melodrama ha de ser el medio de que el teatro moderno comience á seguir un cauce fijo y á abandonar los derroteros inciertos y escabrosos por los que hoy avanza.

La falta de espacio nos impide, con verdadero pesar, ocuparnos de los demás teatros.

RAMIRO.





BODA BUENA Y BODA MALA

I

LAS más noches, á las diez, después de la comida, reuníanse en tertulia de confianza, en casa del General Calatrava, Marqués de Sarracina, algunos parientes y amigos de la familia. Los dueños de la casa iban poco al teatro. Hacíaseles molestísimo eso de asistir de diario, forzados por un abono, antes aconsejado por la vanidad que por el buen gusto, á espectáculos insulsos ó inconvenientes. En cambio no se les escapaba ninguna función benéfica, ningún drama bueno ni ninguna ópera famosa.

—Estoy mejor en mi casita—exponía el General en acento bondadoso.—Aquí oigo á mi hija Paz tocar y cantar como un ángel, y aquí hablo y juego con mis amigos como buenos camaradas. ¿Dónde ni cómo podría yo pasar más agradablemente la noche?

Era verdad lo que decía el General D. Telesforo Calatrava. Rehuía toda exhibición y todo brillo. Sin embargo, sus méritos contraídos en la campaña de África no tenían número; él á lo menos, no los contaba. Otros compañeros suyos, de mayores arrogancias, aunque con laureles más mermados, habían escalado las cimas de la política. Mas nuestro veterano, al final

de una vida de batallas, sólo había buscado la paz de su hogar. Y se hallaba contento.

¿Contento? No del todo. En el cielo, que habían hecho de su casa su angelical hija Paz y su cariñosa esposa D.^a Gonzala, una nube negrísima alteraba aquella serenidad azul de lago tranquilo. Su otra hija, la mayor, Belén, no era feliz. Casada, á disgusto paterno, con un perdido que supo cautivarla con añagazas aparatosas, ahora vivía abandonada, casi en la miseria, devorando, con el desvío de su padre indignado, la ingratitud del hombre á quien hubo de hacerle árbitro de su existencia, en un instante de ceguedad desastrosa. Ella, que había crecido en medio del amor, se consumía ahora, con lento martirio, en medio del olvido. Ella, cuya singular hermosura y posición encumbrada hacíanla acreedora á tomar por marido á un príncipe de las leyendas de hadas, se desposó con un truhán que á cabo de un año la dejó sin dote y con un hijo. ¡Qué corta fué su luna de miel! ¡Qué amargo su desencanto!

—¡Ah! ¡No puedo, no quiero recordar á esa desdichada!—rugía entre sí el bravo, el venerable militar, cuando sus pensamientos emprendían el camino de las desgracias de su hija mal casada.

Y si no lograba, ni, en secreto, deseaba él desterrarla de su alma, en público entregábase de lleno al placer de admirar, de festejar, de idolatrar á su otra hija, la encantadora Paz, que estaba soltera.

—Señor—pensaba el afligido padre,—es muy triste, muy duro, muy cruel, dar el ser, criar, educar, proteger á una adorable niña, para que, mujer ya, se la lleve un extraño. Desde que me fué arrebatada Belén, comprendo la furia del jardinero á quien le roban una rosa. Flor es una hija, cuyas espinas se clavan los padres y cuyo perfume aspiran los novios.

Y cuando le preguntaban:

—¿Y Paz? ¿No se casa?

D. Telesforo respondía, meneando con melancolía la cabeza:

—Yo quisiera tenerla siempre á mi lado. Mi anhelo más vivo sería que me cerrase los ojos en mi muerte. Pero..... ¿quién puede adivinar los secretos del destino?..... Desde luego tiemblo

sólo al pensar que alguien me la pida por esposa..... Á ese, si á seguir fuera los impulsos de mi voluntad, lo mataría como á un ladrón asesino. El marido de una hija ¿no despoja al padre de su más querido tesoro? ¿No le arranca á mansalva las entrañas?

Aquella noche, víspera del día de San José, la reunión del General estaba animadísima. No faltaba ninguno de los tertulianos. El ceremonioso criado había anunciado, en el breve espacio de algunos minutos, á todos los asiduos visitantes de la casa.

—D. Benito y su esposa—había dicho el espetado mozo, introduciendo en el salón, donde ya se hallaba el General con su familia, á las personas nombradas.

Cordialmente se saludaron unos y otros, los hombres apretándose las manos, y las mujeres besándose en plena cara.

—¡Estás más linda que nunca!—exclamó D.^a Susana, la esposa de D. Benito, dirigiéndose á Paz, la cual, en efecto, aparecía más compuesta, más radiante que otras veces.

Al mismo tiempo, la dama cambió con D.^a Gonzala una mirada inteligente. Sonriéronse ambas señoras.

—Al fin ¿es esta noche?—preguntó en voz baja Susana á la madre de Paz.

—Sí—repuso ésta, en un ligero movimiento de labios.

—Y por supuesto, ¿el General nada sabe?

—Nada.

—Veremos qué cara pone.

—Al principio, no digo que le sorprenda la noticia. Ya sabes cuán refractario es á que se case la hija que nos queda..... Pero luego él será el primero en aplaudir la boda, cuando recapacite sobre las excelentes prendas del novio.

—Es un bello sujeto.

—No se encuentra otro que le iguale.

—¿Has olvidado que quiero ser la madrina?

—Jamás olvido los favores que me conceden, y menos aún si la favorecedora es mi hermana.

—Te advierto que mi regalo será esplendidísimo.

—Debes portarte como lo que eres, como una millonaria—dijo D.^a Gonzala sonriendo á D.^a Susana.

Fué introducido un nuevo tertuliente.

Era el padre Batallón, capellán de la casa.

El General, según costumbre, saludó al sacerdote besándole la mano.

Uno y otro estaban enlazados por amistad estrecha, pues además de congeniar sus caracteres, juntos habían cruzado los campos de batalla, el militar enviando soldados á gloriosa muerte, el religioso encaminando almas á celestial vida.

Cuando el padre Batallón se separó de su antiguo compañero de guerra, vino al grupo de las dos damas.

—¿Contamos con que usted los casará?—dijeron callandito al padre.

—¡Pues ya lo creo!

—¿Y contamos con su auxilio para allanar las dificultades, si algunas hubiera?

—Es mi deber.

—¿Cuál?

—Mandar gente casadera á la Iglesia.

Disimularon una sonrisa. Hacía un rato que las miraba con curiosidad D. Telesforo.

Llegaron otros dos visitantes: D. Victoriano Paterno, hombre acaudalado y caritativo, y el ingeniero Aquilino Bueno, protegido del D. Victoriano.

—¡Siempre juntos!—observó el General al verlos.

—Hasta ahora, así hemos marchado por la vida—repuso D. Victoriano.—Pero.....

Una mirada de D.^a Susana le cortó la palabra. Acercado al corro de mujeres, la tía de Paz le interpeló con aparente enfado:

—¿Iba usted á venderse?

—La felicidad, que veo tan próxima para quien tanto quiero, iba á alargarme la lengua.

En esto se oyó la voz del criado, previniendo un nuevo intruso:

—El Sr. Barón de Cantueso.

Y entró un jovencito imberbe, raquítico, muy vivaracho. En el ojal de la levita traía una flor. Quitósela y se la dió á Paz.

—¡Es la primera del año!—dijo en tono aflautado.—Yo la ofrezco á la primera divinidad de Madrid.

Cortésmente aceptó el obsequio la hija del General. Mas éste refunfuñó entre dientes:

—Me parece que este chisgarabís enamora á mi hija. Como yo sepa de cierto que tal es su propósito, le tiro por un balcón..... No le perderé de vista en toda la noche.

II

Aquello era una conjura.

Pero una conjura de salón, discreta como el recinto en que se urdía, suave como la seda de la sillería en que tomaba asiento, beneficiosa como los personajes que intervenían en ella.

No, nada malo podría esperarse de unas damas como doña Gonzala y D.^a Susana; de unos sujetos tan excelentes como D. Benito Olivares, el padre Batallón y D. Victoriano Paterno. Aquilino y el Barón quedaban fuera de aquel complot; el uno por ser parte harto interesada; el otro porque en esto, y en todo, era considerado como un cero á la izquierda.

Tratábase de llevar á buen puerto una boda: la de Paz con Aquilino. Y á la verdad, los tripulantes de aquella barca de amor honrado no cesaban de gobernar el timón y sacudir los remos. Temían estrellarse contra la formidable roca de los arraigados proyectos del General. Un choque con él sería peligroso. Ó la roca ó la barca se irían al fondo. Aunque también era probable que escollo y nave salieran malparados: D. Telforo, con una ilusión menos; Paz, con una ventura perdida.

—Menester es bogar con tiento—razonaban los conjurados.

Y cada cual, para el próspero logro de la empresa común, ponía en ejercicio las potencias más eficaces que le eran propias. Presumiendo que hubiera combate, habían aprontado todo un arsenal de persuasiones. Sus armas eran de buen temple. No ignoraban que tenían que habérselas con un militar aguerrido.

D.^a Susana, tía materna de Paz, era una señora cincuenta, de complexión recia, de varonil genio. Unida estaba en matrimonial lazo con D. Benito Olivares, hacendado riquísimo,

idólatra de su mujer, á quien dejaba por testamento, en caso de morir él antes, su cuantiosa fortuna.

—Yo no tengo hijos—notaba la simpática tía.—¿De quién ha de ser lo que herede de mi marido? Pues..... de mi sobrina. Si Telesforo rechaza este casorio, le digo que desheredo á Paz..... Bien es cierto que la niña no necesita pedir limosna..... Pero, vamos, unos milloncejos más no estorban á nadie.

Á cuanto decía su esposa, respondía amén el bienaventurado de D. Benito.

—Eso es—corroboraba.—Si el General se empeña en que nones, desheredamos á la sobrinita. ¡No faltaba más!

El bendito hombre hacía esfuerzos infinitos por manifestarse irritado. Pero su acento conmovido delataba la mentira de sus palabras.

—¡Dios mío!—pensaba entre sí.—¡Que se casen los muchachos! Porque lo que es yo, no quiero que mi fortuna vaya después de mi muerte y la de mi mujer á otras manos que á las manos remononas de la sobrinita de Susana.

También el padre Batallón tomaba á pechos su papel.

Este venerable clérigo era un verdadero patriarca. Alto, enjuto, fuerte, de pelo canoso cortado á rape, si por su edad era viejo, en su alma resplandecían los más puros ardores de la juventud. Poseía la ciencia de las dichas y de las miserias mundanas. Su mirada profunda bastaba para darle á conocer el bien y el mal. Su cargo le había colocado junto á las más sangrientas tragedias de los hombres. No rehuía la sociedad, antes se engolfaba en sus abismos. Su piedad había remediado á muchos hambrientos. Su lenguaje divino había consolado á no pocos desesperados.

Así es que estimaba en su justo valor la ventura humana. Donde quiera que podía brotar una sonrisa, acudía él presuroso para que con sus cuidados brotara más lozana.

—No me metería yo en este berengenal—declaraba con beatífico humor—si de aquí yo no esperara una pingüe cosecha de frutos de bendición.

D. Victoriano Paterno apenas chistaba. Pero era como un cañón cargado. Herirle y estallar sería cuestión de un segundo.

Había recogido en la orfandad á Aquilino. Hijo éste de un consocio de D. Victoriano, aunque menos afortunado en los negocios, al quedarse sin padre halló otro en tan generoso protector. Paterno, con no regateada esplendidez, le dió una educación esmerada, le hizo seguir una carrera positiva. El huérfano demostró tener clara inteligencia, corazón sano, carácter sólido, y aprovechó los estudios; creóse un nombre honrado y fué un hombre de formalidad y de provecho. No bien salió de la academia de ingenieros, su reputación quedó acreditada. Camino que él trazara, puente que él erigiera, canal cuyo cauce él vaciara, podía considerarse como obra romana, y lo que es más hermoso, su bolsillo se llenaba cada año que era un portento.

Su protector, en el negocio del casorio, no decía esta boca es mía. ¿Para qué? ¿Era posible el desdén con un varón de aquella calaña?

—Dudo que el General no lo acepte por yerno—razonaba en sus adentros.—Pero si es testarudo..... ¡Nada! Telesforo y yo nos hemos de ver las caras..... ¡Lo desafío! ¡Vaya si lo desafío!..... Eso sería dejar á Aquilino más feo de lo que lo es el pobre muchacho.

En efecto, Aquilino no era un Adonis.

Desgarbado de cuerpo, rudo de manos, de rostro anguloso y curtido, de habla remisa y de modales tímidos, carecía de las prendas que otorgan á un mozo el título de galán. Pero no debía apreciársele en un salón, sino en el trajín de sus trabajos, en la intimidad de su trato, en la dulce explosión de sus sentimientos.

—En fin, puesto que la chica le ama—decía D.^a Gonzala,—ya ella habrá descubierto su mérito.

Sí; Paz, que era una joven muy asesada, había ido descortezando durante el invierno anterior la tosca superficie de aquel hombre, todo terneza y cordura.

No se había pronunciado entre ellos la empalagosa frase del amor frenético, de la pasión delirante, de la idolatría furibunda. Es más: aún no se habían dicho sencillamente que se amaban. Pero, si no sus labios, habládose habían sus ojos, conformes con los latidos de sus corazones.

D.^a Gonzala había preguntado á su hija:

—Oyes, ¿tú amas á Aquilino?

—Sí, mamá—hubo de responder ella.

D. Victoriano había hecho la misma pregunta á su protegido:

—Oyes, ¿tú amas á Paz?

—Sí, señor, con toda el alma.

Y sin embargo, los dos bobos ni se miraban siquiera aquella noche en que iban á practicarse las primeras tentativas de la petición de mano.

Tan turbada estaba Paz, que se le trababan los dedos sobre el piano, y se le atascaba el canto en la garganta.

Su padre exclamó al fin, bastante sorprendido:

—Pero ¿qué te pasa, niña? Esta noche no andas pie con bola.

Más el Baroncito de Cantueso, que no dejaba escapar una ocasión en que lucir sus galanterías, no pudo menos de soltar una flor de su ingenio.

—Pues yo, mi General—dijo en timbre de flautín,—encuentro á Pazita embelesadora.

Todos los circunstantes se sonrieron.

—¡Cállese usted, hombre!—le gritó entre burlas y veras D.^a Susana.—¿Qué entiende usted de nada?

III

Avanzaba la noche. Llegó la hora del té. Sobre un velador de concha con incrustados arabescos de oro y plata fué colocada la bandeja con el lindo servicio para el néctar chino. La cuadrada tetera de porcelana, en poder de las dueñas de la casa, vertía por su piquera en chorros finos y humeantes el acaramelado líquido, que recibía un corro de tacitas algo más grandes que dedales. La habitación se llenó de un vaho aromático delicioso.

La madre escanciaba, y la hija repartía entre los tertulianos las tazas de té. Los hombres se habían levantado, y salían al encuentro de la bella distribuidora, de cuyas manos tomaban

el platillo con gentil saludo. Luego prendían con las pinzas argénteas los cuadradillos de azúcar, que hacía borbotear al rubio y cálido licor al sumergirse, formando un círculo de burbujitas doradas. Por último, las pastas, amontonadas en cristalino plato labrado, eran empapadas por las puntas en el té, para completo regodeo de los contertulios.

Todos observaron un detalle: ni una taza había que no hubiera llegado derramada.

—Á la mía le falta un dedo—expuso D.^a Susana, mirando á su sobrina.

—Mi té ha cambiado de sitio—añadió el padre Batallón.— Todo está en el platillo.

Y también echó una ojeada á Paz.

El General, viendo su taza mediada, no supo contenerse.

—Mira, hija—reconvino á la joven,—cuando te tiemble el pulso, no te metas á repostera.... No habrá cosa que arribe entera á la boca de tus comensales.

Paz mudó de color sucesivas veces en un minuto. Púsose roja y blanca, como una amapola y como la cera. Había advertido su trastorno ella misma, y ahora se confundía más viendo que en su turbación había reparado su padre.

Éste la llamó á su lado.

—Siéntate aquí—la dijo con dulzura.—¿Te sientes mal?

—No—respondió, sin mentir, la joven.

—Sin embargo.... tú no tienes hoy la serenidad en tí acostumbrada. ¿Qué te sucede? ¿Has experimentado algún disgusto? ¿Te ha traído la modista algún vestido que te desagrada? ¿Se te ha muerto alguna de las avecillas de la pajarera? ¿Te ha roto el gato algún *bibelot*?... Vamos, habla; cuéntame tus penillas.

Todos los presentes seguían con atención extraordinaria aquella escena.

—¿Qué irá á decir?—se preguntaban entre sí.—¿Cómo va á ocultar á su padre lo que está saltando á la vista?

Alguien, arriesgándose á lanzar un cable, al que se asiera la interesante náufraga, probó á pronunciar tal ó cual palabreja de socorro.

Pero el General le cerró el pico.

—¡No! ¡no! Quiero que sea ella la que me comunique en qué estado se halla su corazoncito.

—Pero si no es nada—repuso Paz ahogándose.

—¿Cómo es eso? ¡Pues hoy apenas puedes hablar!.... ¡Hola! Ya no me cabe duda. ¡Algo grave ocurre!.... Por Dios, hija mía, explícate. ¿No ves que me tienes muerto de zozobra?

—Tranquilízate, papá.... Estoy, es cierto, algo nerviosa.... Pero ¡si supieras! ¡Soy tan feliz!

—¿Feliz y lloras?—exclamó D. Telesforo cogiéndola las manos y besándoselas con paternal cariño.

Paz, en efecto, lloraba. Con contrapuestos impulsos había luchado hasta entonces. Mas en aquel momento, junto á su padre, á quien consagraba el afecto más acendrado, pero que podía destruirle la dicha soñada, faltáronle las fuerzas. No cerraba su espíritu átomo alguno de sensiblería. Madurado su juicio en sus solos diez y ocho años de edad, de naturaleza perfectamente equilibrada, obedeciendo á un temperamento pacífico, no cabía esperar de ella extravíos ni locuras, rebeldías al freno amoroso del General. Si éste se resistía, la joven doblaría el cuello. Necesitaba para su dicha que fuera bendecida por su padre, acatada por todos, llevada en triunfo por el mundo, sin que su paso arrugara una frente ni bañara unos ojos de lágrimas.

Corrían las suyas, entretanto.

D.^a Gonzala, su madre, se había acercado á ella y la colmaba de caricias.

—Vamos, serénate, hija—la exhortó en tono que quería decir:—Pero, muchacha, ¿tratas tú misma de perderte? Ten calma, confía en nosotros, que te sacaremos adelante. ¿No estamos dispuestos á echar el resto para que seas dichosa?

Se sosegó algo. El llanto la había vuelto más hermosa. Sus cabellos rubios, ligeramente despeinados por las sienes, con los abrazos y besuqueos paternos, coronaban su gallarda cabeza, ponían una aureola de luz solar á su faz nacarina, ahora arrebolada. Sus ojos claros, humedecidos, despedían fulgores dulcísimos, miradas tiernas de niña mimada. Al fin, en sus labios, gordezuelos, asomóse una hermosa sonrisa. Entonces los espectadores del conmovedor episodio se apresuraron á con-

solarla, alejándola del General, que insistía en descifrar el arcano de la desazón de su hija.

Con una hebra de seda podían ahorcar al veterano.

Casi estaba á pique de romper también en sollozos.

—¿Qué puede apesaraarla? ¡No lo sé!—exclamó muy afligido, encarándose con sus amigos.—¿Lo sabéis vosotros?... ¿Tampoco?... Pues declaremos que somos unos ignorantes, cuando desconocemos por qué un cielo puede vestirse de luto sin motivo. La tristeza de mi hija ha hundido en noche tenebrosa á mi alma..... ¡A mí que no me digan!.... ¡Aquí hay misterio!.... Y hasta estoy por creer que de este enigma poseéis la clave..... Si no, ¿cómo podría explicarse vuestra impasibilidad? Habéis visto llorar á un ángel, y no se os han derretido de quebranto las entrañas..... Pero yo soy padre, y su alegría es mi gloria, y su pesar mi infierno..... Ya, ya descubriré la verdad, por mucho que se me esconda.

El General aparecía convulso, violento, desatinado. Su exaltado amor de padre le precipitaba en el delirio. Nadie pensó prudente contrariarle. Todos le miraban con temor y guardaban silencio.

Sólo el Baroncito se atrevió á interrumpirlo, dejando oír su voz aññada en un madrigal de su repertorio almibarado.

—¿Por qué llora usted, señorita?—le preguntó á Paz.—¡Esas perlas que ruedan por sus mejillas!..... ¡Ay!

No prosiguió. La joven le tornó la espalda.

Reinó otra vez profundo silencio. En tal punto oyóse, en un rincón, algo así como suspiros sofocados. Los circustantes volvieron hacia allí la vista. Era Aquilino, que se mordía los puños, reprimiendo una ola de furiosa ternura que le subía del pecho.

Acudió á él presuroso D. Victoriano.

—¡Repórtate, hombre, por los clavos de Cristo! ¡No seas chiquillo! ¡Mira que te doy un mojicón delante de toda esta gente!

—¿Qué es eso, Sr. Bueno?—preguntó á Aquilino el Baroncito.—¿Le duelen á usted las muelas?

—¡Á él, no!—se anticipó, diciendo con sorna y coraje don Victoriano.—Pero puede que sí le duelan á otro.

Y contuvo un movimiento de las manos, para no propinar al Baroncito el sopapo que había prometido al calzonazos del ingeniero.

IV

No pasó inadvertida para D. Telesforo la lacrimosa situación de Aquilino.

—¿También ése?—exclamó.—Pues, señores, ¿estamos divertidos! El llanto, por lo que veo, ¿es aquí contagioso esta noche?

Alguna sospecha debió cruzar por su cerebro. Miró á su hija y al ingeniero, y se quedó pensativo.

—¡Vamos á jugar!—dijo el padre Batallón.—¡Niñerías, y no más que niñerías!..... Lo que ha de ser, será, á su debido tiempo.

D. Victoriano y D. Benito vinieron en ayuda del clérigo.

—¡Bien dice el padre!.... Juguemos.

—Juguemos.

Y sentáronse á una mesita cuadrada, sobre la que había extendido un tapete.

El General, silencioso, tomó también asiento y se apoderó de los naipes, barajándolos maquinalmente.

—¿Á qué se juega?—preguntó al cabo de un rato.—¿Al tresillo ó al descarte?

—Al descarte—repuso uno de los jugadores.

—Sí, es preferible—observó D. Telesforo.—Es juego menos complicado. Tengo la cabeza como un bombo.

Entonces se apoderó de otra baraja el padre Batallón.

—¿Quiere ser usted mi contrincante?—expuso á D. Victoriano.

—Con mucho gusto—respondió el protector de Aquilino, inclinando la cabeza y sonriendo.

—Según eso—añadió el General, dirigiéndose á D. Benito, —nosotros dos somos los que nos batimos.

—Así parece—murmuró el marido de Susana, dándose por derrotado de antemano.

Los jugadores dividiéronse en dos tandas. Fueron descar-

tados los dos y los tres de cada baraja, y colocados boca abajo, servían sus signos para apuntar las ganancias.

Á los primeros lances empezáronse á oír estos pregones:

—He hecho bola; me pongo dos.

—Pues yo he tenido el punto; me aplico uno.

—He llegado á los cinco; juego ganado.

Estaban en un gabinetito contiguo á la sala de tertulia. Separaban sólo á uno y otro aposento las pesadas cortinas de invierno, que aún protegían la puerta de comunicación, aunque recogidas en entrambos lados. Por el ángulo formado por las apartadas colgaduras veíase el centro de la habitación, donde en grupos, ya en pie, ya reclinados en los mullidos asientos, conversaban los restantes tertulianos. Desde el sitio que ocupaba el General divisábase el piano de Paz, y á ella, sentada en el taburete, vuelta de espaldas á los papeles de música esparrancados sobre el calado atril de madera oscura y brillante. Paz sostenía un largo coloquio, en voz discreta, con su madre y su tía. Aquilino y el Barón paseaban de un extremo á otro de la pieza: aquél callado, éste hecho un taravilla.

Gruesa y blanda alfombra tapizaba el pavimento. Sobre las consolas, en los candelabros del piano, en los brazos de las arañas ardían las bujías con llama tranquila, oscilante á ratos, cuando un tenue soplo de primavera penetraba por uno de los balcones entornados, haciendo temblar al paso los visillos bordados de las vidrieras y las sábanas transparentes de las cortinas de rico encaje.

Todo era allí delicado, distinguido, silencioso. Las horas se deslizaban suavemente entre el lujo y el misterio. Cuadros de reputados pinceles, muebles de refinada ebanistería, objetos artísticos de verdadera valía decoraban la sala y el gabinete, y convertían la casa del Marqués de Sarracina en un lugar cómodo y en un notabilísimo museo. Entre aquellos tesoros, coleccionados por una mano tan pródiga como sabia, no se comprendía la vida vulgar, sino una existencia de altos goces espirituales. Si tal lugar hubiera de trocarse alguna vez en escenario de un drama, no correría en él la sangre, el grito de las malas pasiones sería apagado en el terciopelo, la bes-

tia humana depondría su ferocidad, acallaría sus rugidos exhalando suspiros, arrullos lamentables de paloma herida. Hasta el ambiente que se respiraba, vagamente impregnado de olores de tocado femenino, parecía traer disuelto el bálsamo que calma los nervios irritados y siembra en el alma pensamientos de concordia.

Apenas el General atendía al juego.

La conferencia de su hija con las dos señoras le intrigaba sobremanera.

—Al General no le sopla esta noche la fortuna—decían los jugadores, cada vez que perdía D. Telesforo.

¡Valiente caso hacía el veterano de semejantes pérdidas!

Á dos pasos celebrábase otro juego que le interesaba muchísimo más; á dos pasos se ventilaba sin duda la felicidad de su hija adorada.

No perdía un incidente. Su mirada, ávida de saber, seguía los menores movimientos de Paz, trataba de deletrear sobre los labios de la jóven las palabras que no llegaban hasta él. Aplicaba en vano el oído. Sólo percibía una musiquilla, un silabeo, que en otras circunstancias hubiera producido en el padre sensación deliciosa. Ahora le llenaba de impaciencia y de frío.

—¡Vamos! Toca algo—dijo á Paz su tía, que había notado que eran espiadas por D. Telesforo.

Obedeció Paz y preludió una sonata de Beethoven.

Entonces se aproximó al piano Aquilino. Las señoras se retiraron, sentándose en un rincón de la sala, dejando solos á los dos amantes.

¡Tendrían que contarse tanto!

Cada nota era coreada por una frase dulce, por un vocablo amoroso.

Ahora sí que el General no pudo contenerse. Soltó las cartas, formulando un pretexto, y vino á ponerse detrás de su hija y de Aquilino, que daban cara al piano, la una tocando, el otro aparentando que se ocupaba en volver las hojas del cuaderno de música.

—Si mi papá se opone—oyó decir el General á su hija,—todo se ha perdido. Mucho le amo á usted, Aquilino, pero

también amo á mi padre. Por nada de este mundo me casaría á disgusto suyo.

—Dice usted bien, Paz—repuso el ingeniero tristemente.— También yo la quiero á V. infinito. Pero si mi amor no le aporta una felicidad completa, renegaré de este amor que me mataría, y á usted le llevaría remordimientos para su conciencia.

Súbitamente empalideció el General. Mas en un esfuerzo heroico se repuso, y exclamó, posando las manos en los hombros de Paz y de Aquilino:

—¿Quién les ha dicho á ustedes que yo me opongo á que sean felices?

Todos se quedaron aterrados.

Aquel desenlace venturoso, en que el propio padre terminaba la general zozobra, colmó de satisfacción, pasada la primera sorpresa, á parientes y á amigos.

D. Victoriano fué quién se atrevió á hacer uso de la palabra.

—Siendo así—dijo adelantándose hacia D. Telesforo,— yo le pido en seguida la mano de su hija para mi hijo.

—Y yo la concedo muy gustoso—repuso el General, besando á Paz en la frente y dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas tamañas como avellanas.

Hubo entonces una explosión de alegría en la sala. Todos se felicitaban del próspero resultado de la proyectada boda.

Sólo el Baroncito permanecía ajeno á tanto contento. Al saber la estupenda noticia, quedóse como petrificado, con la respiración entrecortada, sin habla ni pulso, clavados los ojos en la escena que había presenciado.

—¡Y yo, que hace un mes había pensado pedir á Pazita por esposa!—refunfuñó entre sí muy compungido.—¡Vaya, tengo malísima suerte, todos se me adelantan!

—Pero ¿y Aquilino?—preguntó D. Victoriano.

—¡Aquilino!

—¡Aquilino!

—¡Aquilino!

Gritaron varias voces.

El novio había desaparecido. Buscáronle y fué encontrado en otra sala, adonde se había refugiado para dar rienda suelta á su enorme gozo.

El hombrón pateaba, manoteaba y berreaba como un chiquillo. Sólo que tan desafortunadas demostraciones lo eran de indomitable júbilo.

V

Aquella misma noche, ya retirados los contertulios, después de haberse señalado la petición oficial de la mano de Paz para el siguiente día, tuvo el General una entrevista con su hija. El padre habló con tono complaciente; la joven se expresó conmovida de gratitud. Fué un pugilato de sentimientos nobles, de abnegación, de cariño, por una parte y otra.

—¿Qué callado me tenías tu noviazgo!

—Y sin tu intervención, dudo que lo hubieras sabido nunca.

—¿Lo conocía la familia?

—Sí.

—Y yo ¿por qué no? ¿Te inspiraba tanta desconfianza?

—Ninguna. Pero has sufrido tan atrozmente con la boda de mi hermana, que temí que la mía fuera un golpe que te abriera anteriores heridas.

—Estás equivocada en eso. No compares lo uno con lo otro. La boda de Belén fué una boda mala.

—¿Y la mía cómo la juzgas?

—¡Buenísima!

Y extendióse el General en el panegírico de Aquilino. ¡Éste sí que era un hombre! No lo había más formal, más talentado ni más honrado. Aquel héroe del trabajo era comprendido á maravilla por el héroe de la guerra. Ambos habían consagrado su voluntad, su inteligencia, su energía á hacer la epopeya de las rudezas de la vida. Y en este parangón salía, de labios del General, vencedor el ingeniero. Sí: la obra del sabio parecía superior á la del guerrero. Dentro del compás del matemático, la humanidad hallaba vitales creaciones. Bajo la espada del soldado, sólo resultaba para los pueblos la destrucción, la ruina, la muerte. Sí; quien sabía erigir resistentes fábricas de piedra que desafiaban la furia de los elementos, bien podría levantar el augusto edificio de la familia. Nido de amor, para las

ternuras del corazón; alcázar de nobleza para la honra de una raza nueva.

—Además—añadió D. Telesforo, oprimiéndose con una mano el pecho,—tiempo ha que me rebulle aquí algo, el temor de que no haya sido yo ajeno del todo al infortunio de tu pobre hermana. Ya he borrado de mi memoria el abominable retrato de Román Pardo. Ya ese pícaro ha consumado su horrible delito: el delito de prometer á una niña inocente un paraíso y lanzarla después á un infierno. Supo fascinar á Belén, y Belén se entregó á él maniatada, como una oveja al cuchillo del matancero. No quiero recordar á ese infame, no. Pero no puedo olvidar á su desgraciada esposa, que al cabo y fin es hija mía..... Y me he preguntado muchas veces: «Si cuando vi que no había remedio que curara la locura de amor de Belén, no hubiera yo abandonado á la infeliz alucinada en su camino de perdición, ¿padecería lo que ahora padece? ¿Una dedada de miel de mi cariño habría bastado quizás á endulzar todas sus amarguras? ¿Román, que no es un hombre perverso, sino un casquivano, habría llegado al extremo que ha llegado, bajo la inspección de mi vigilancia, sin el abandono de mi desvío?» Esto me pregunto, y la contestación que me doy es dolorosísima. El mal hay que mitigarlo con el bien, no con otro mal peor. La vejez y la experiencia deben ser los guías constantes de los juveniles extravíos..... ¡Oh! Sí; aunque no soy yo quien ha pecado, ó quien ha pecado más, voy empezando á echarme la culpa.

—¡Cuánto me gusta oírte hablar de ese modo!—exclamó Paz, que siempre había compadecido el infausto destino de su hermana.—Luego ¿perdonarías á Belén si se echara arrepentida en tus brazos?

El General guardó silencio.

—Ocupémonos en tí ahora—le dijo.—En tu boda sólo tengo motivos de alegría.

—¿No te apena que me case?

—¡Apenarme! ¿Por qué? ¿No vas á ser feliz? ¿No cumples tus deseos? ¿No satisfaces tus ilusiones? ¿No tienes mi bendición, la de tu madre, la de todos cuantos se interesan por nosotros?

—Es verdad..... Pero.....

—¡Que se te quite eso de la cabeza, muchacha!.... Y ahora, ¡a dormir!.... ¿Triste yo porque te casas con un mozo sin par? ¿Triste yo?.... ¡Vamos! Pues si.....

Se separaron, cada uno para su aposento.

El General sonreía al dar las buenas noches á su hija. Pero sus labios tartamudeaban, temblaban sus manos, pestañeaban vivamente sus ojos. Su voz, aunque emitía palabras de alborozo, sonaba preñada de comprimido llanto.

Padre é hija no durmieron aquella noche, pues tanto la pena como el placer ahuyentan el sueño.

Paz decía:

—¡Qué feliz voy á ser con Aquilino!

Y decía el General:

—¡Qué infeliz voy á ser sin mi hija!

JOSÉ DE SILES.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

Un aniversario doloroso.—El portaestandarte de la República.—La campaña de la desesperación y del encono.—En Almería.

DURANTE esta quincena han vestido de luto los periódicos monárquicos. El día 25 de Noviembre era el quinto aniversario de la muerte del Rey Don Alfonso XII de Borbón.

En el espacio breve, tratándose de un reinado, de diez años, la virtud del principio monárquico restaurado y las prendas y altas cualidades del joven Príncipe, que en el trono lo representaba, habían cambiado la faz de la Nación. La guerra civil parecía imposible de extinguir mientras se hacía, de parte de los liberales, sin bandera, y mientras no terminasen las disensiones de aquéllos y se agrupasen en una sola vigorosa mano las fuerzas del país. La Monarquía restaurada suministró esa bandera, y reuniendo y dirigiendo con vigor dichas fuerzas, devolvió la paz y el orden á la Nación en Europa y América.

Volvimos entonces á ser respetados y estimados en el mundo y cesamos de ser causa de perturbación; pero la paz material sin la moral y sin la prosperidad, primero y más apetecible resultado de aquélla, no era bastante, y D. Alfonso XII, obedeciendo al propio impulso tanto como atendía á la opinión de sus consejeros responsables, en tanto que los partidos

políticos se organizaban bajo la base de una legalidad común, iniciaba lo que denominó «campana de la paz;» es decir, el fomento de la instrucción y la educación, de la agricultura, comercio é industria, tan abatidos.

Los obstáculos con que la campana de la paz no podía menos de tropezar en un país como el nuestro no desalentaron al Monarca, que jamás abandonó la empresa y que, de haber Dios prolongado su existencia, es seguro que la hubiese adelantado considerablemente. Tenía D. Alfonso XII la principal cualidad que puede demandarse á un Soberano; es decir, un vehemente amor á su pueblo. Harto se demostró, no solamente durante su vida, sino en sus últimos momentos, consagrados á lamentar la perturbación que presentía que iba á suscitarse en España al desaparecer él de entre los vivos. Y ese temor no era D. Alfonso XII el único que lo sentía: fué general en el país al terminar el año funesto de 1885. La obra de la Restauración parecía entonces á muchos amenazada, porque no se daban cuenta de sus efectos. La ley había recobrado bajo la Monarquía toda su fuerza, y como el acuerdo de los partidos monárquicos en lo fundamental era por primera vez en España total y firme, el tránsito de uno á otro reinado se verificó normalmente.

¿Cómo olvidar, al fijarnos en ese momento, aún no remoto, de nuestra historia, la figura de la ilustre viuda de D. Alfonso XII, destinada por la Providencia á continuar con gloria la obra de su esposo? Si la transición á que nos referimos desmintió los temores que muchos expresaban; si ni la paz ni el orden se interrumpieron un momento, débese, al par que á la fuerza que recobrara la ley, á la Regente D.^a María Cristina; á sus virtudes, carácter y acierto. Gracias á ella, la minoría de D. Alfonso XIII está siendo realmente continuación del anterior reinado, de la misma manera que si se aplicara al gobierno de la Nación el testamento escrito del Monarca difunto.

*
* *

Cronistas ante todo, hemos de concretarnos á reproducir lo que en política se dice. Hé aquí de qué manera han sido juz-

gados en Barcelona los triunfales viajes del jefe del fusionismo, tan popular á última hora entre todos los elementos revolucionarios de España:

«Si hay divergencia, dice el Sr. Mañé y Flaquer, si hay divergencia en la manera de apreciar la importancia de las manifestaciones hechas en su reciente viaje al Sr. Sagasta, todos habrán de convenir en que los organizadores de la excursión deseaban que aquéllas fueran tan generales y entusiastas como han supuesto sus periódicos. ¿Y para qué lo deseaban? Para probar que la opinión pública está á favor del Sr. Sagasta. Aun suponiendo que toda la población de Zaragoza, y toda la población de Barcelona, y toda la población de Madrid, con la sola discrepancia de media docena de conservadores, hubiese aplaudido al Sr. Sagasta, no resultaría que el pueblo español estaba por él y con él, puesto que este pueblo no se encierra en dos ciudades y una villa; pero esta objeción, puramente aritmética, no hará mella en los liberales, ya que todos ellos están acostumbrados á consultar la opinión pública aún más modestamente.

Enseñadas aquellas ovaciones á través de los cristales de aumento preparados al efecto, se podían traducir en estos términos: «Hoy el Sr. Sagasta, no por virtud de sus méritos individuales, sino por la atracción de su conducta política, es en España la persona más popular, más simpática, más querida, más respetada, más agasajada. Fije V. M. la atención en ciertos hechos, porque ellos le revelarán dónde, en qué sitio, á qué altura coloca al Sr. Sagasta el amor del pueblo.

»Hasta ahora sólo los Reyes habían gozado el privilegio de recorrer en carruaje las vías públicas reservadas á las personas que andan á pie; el pueblo quiso que el jefe del partido liberal gozara también de esta distinción, y, para hacerlo sin infracción de las Ordenanzas municipales, reemplazó los cuadrúpedos con bípedos. Así resultó realzada la distinción. Hay en el Pilar de Zaragoza, como no ignora V. M., una tribuna reservada exclusivamente á las personas de la Familia Real, y en ella oyó misa el agasajado viajero. Es antigua respetuosa costumbre no dar vivas á persona alguna en presencia de los Soberanos: esta costumbre se ha seguido con el Sr. Sagasta;

ni al Rey ni á V. M. se ha vitoreado en su presencia, como si él fuera la única persona cuya vida interesa á la Nación, en cuyo nombre se le vitoreaba. Él es la personificación de la soberanía popular, á cuya sombra ha de vivir la Majestad Real. Si las urnas diesen un resultado distinto del que presentan las manifestaciones populares, la elección será amañada, y V. M. no debe consentir que los consejeros de la Corona arrojen ese guante á la voluntad nacional.» ¿Se ha contado con ese discurso tácito, apoyado por la actitud revolucionaria de la Junta central del Censo, para producir un crisis inmediata? Es posible que éste sea el motivo real del viaje.

El aparente dicen que es el hacer propaganda para las próximas elecciones: ¿á qué fin, si antes de salir de Madrid ya se contaba con la opinión pública?

El partido conservador aceptó el derecho constituido tal como lo dejó el partido liberal después de realizado su programa; dijo que renunciaba á las reformas políticas y que se ocuparía exclusivamente en satisfacer las necesidades económicas y morales del país. En este terreno, pues que no hay otro, debían aceptar la lucha los liberales, y sabido es que el señor Sagasta ha pasado como sobre ascuas por encima de estas cuestiones. Esto será muy hábil, pero así no se conquistan los votos de los que viven de su trabajo y están ahitos de estériles ó peligrosas agitaciones políticas, que hoy no tienen razón de ser.

En España nadie ha combatido el sufragio universal con más ensañamiento que lo hizo Sagasta; para él el sufragio universal era la corrupción, la violencia, la anarquía, el enemigo mortal de la Monarquía y de la paz pública. Aceptó esta calamidad para atraerse á la izquierda, y al convertirla en ley no hizo más que prestarse á este doloroso sacrificio que le impusieron los demócratas vencedores.

Si su temperamento se lo permitiera, Sagasta se pondría colorado cada vez que sus necios aduladores le atribuyen la conquista del sufragio universal. Alguno de éstos ha llegado al extremo de elevarle á la categoría de evangelista al lado de Riego, Espartero y Olózaga. El que tal hizo, se conoce que sirve más para cortesano que para historiador, pues á no ser

así no colocaría á D. Práxedes por encima de los doceañistas, que nos trajeron las gallinas del sufragio universal, ni borraría del calendario liberal á Mina, Argüelles, Calatrava, Mendizábal, Joaquín María López, Figueras, Rivero, que contribuyeron tanto ó más que él á traernos la situación democrática.

Salta á la vista que el Sr. Sagasta ha sido empujado, sostenido, jaleado y reprendido por los republicanos de todos los matices, no representando los fusionistas en esta algarada más que un papel secundario. Ésta es la explicación de los vivas que se dieron y de los vivas que no se dieron en todo el curso del viaje. Según la interpretación auténtica de los inspiradores del viaje, los aplausos obtenidos por el Sr. Sagasta no iban dirigidos al reformador, ni al buen Ministro, ni al buen gobernante, ni al orador eximio, ni al jefe de un gran partido, pues le niegan todas estas cualidades. Lo que ha dicho de él *El Globo*, órgano del Sr. Castelar, en este artículo, la opinión que de él tiene formada *El Imparcial*, órgano de la fracción democrática, se resume en estos párrafos: «Ni por las masas populares de Zaragoza ni por las de Barcelona se ha mirado á éste como hombre de Estado, ni como orador, ni siquiera como jefe de una gran agrupación política, sino como un símbolo. La deficiencia de los discursos del Sr. Sagasta es sombra que destaca y pone más de relieve ese hecho.»

Á pesar de su aparente desenfado, *El Imparcial* no es bastante franco; el papel que los organizadores del viaje confiaron al Sr. Sagasta no fué el de símbolo, sino el de portaestandarte de la revolución, y él, aceptándolo por debilidad de carácter ó por idiosincrasia revolucionaria, hará buena la afirmación del Sr. Castelar cuando le acusaba de ser «eternamente demagogo en la oposición,» y la del General López Domínguez cuando le achacaba el ser «garantía de orden en las horas de su triunfo, no en las de su desgracia.»

La verdadera opinión pública, la opinión sensata del país, así lo cree, y de la misma manera lo ha juzgado siempre.

*
* *

Corresponde el viaje del Sr. Canalejas á los ruidosísimos

del Sr. Sagasta. Á todo se atrevió el exministro y exdemócrata en Alcoy. Hasta quiso ponderar el espíritu de economía del Gobierno al cual perteneció y que aumentó en 40 millones de pesetas los gastos de personal; hasta á excitar á la coalición con sus antiguos amigos los republicanos, cuyo panegírico trazaba con huecas frases, y á amenazar con el retraimiento.

Cuando se aproximan unas elecciones hay que conquistar votos sin reparar mucho en los procedimientos, y más si se carece de arraigo en el distrito y se lucha con quien lo ha conseguido. Esto es elemental, y por esa razón los discursos electorales, aunque estén preparados, resultan exagerados y monótonos. Mas ni aun en la Plaza de Toros de Alcoy el Sr. Canalejas debió olvidar que ha sido Ministro de Gracia y Justicia, y que esto le obligaba á expresarse en términos más justos y prudentes que los que empleó al hablar de jueces y tribunales y de su participación en la lucha electoral.

El Gobierno conservador va á presidir las elecciones generales en las condiciones más desventajosas, con Diputaciones provinciales y con Ayuntamientos elegidos durante el período fusionista, rigiendo ya el sufragio universal, que tan propicio debía de ser á los partidos avanzados, y con una legislación en que el espíritu de desconfianza y las restricciones á la acción del Gobierno han sido llevadas al extremo. Pues á pesar de esas dificultades, el Gobierno conservador se mueve dentro de los límites de la ley, y propone en el decreto de adaptación que presentó á la Junta del Censo que se refuerce la sanción penal, ya bastante severa, contra los delitos cometidos en las elecciones. ¿Qué quiere el Sr. Canalejas? ¿Que teniendo el partido constitucional á su favor la posesión, la administración y la legislación novísima, se asegure por añadidura la impunidad á todo el que haya delinquido ó delinca para favorecerle?

Poco explícito resulta el discurso mencionado en lo que hace á declaraciones proteccionistas, que eran las que en Alcoy hubiesen producido algún efecto. En esta parte, el señor Canalejas, no obstante el carácter definidor que ostentaba, no se atrevió á enmendar la plana al Sr. Sagasta, y se envolvió en vaguedades.

En cambio mostró ser alumno del Sr. Moret al ponderar los prodigios que las actuales Cortes hubiesen verificado, en cuanto á mejoras materiales, como caminos de hierro económicos y carreteras de tercer orden, si las hubiesen dejado. ¿Por qué no las hicieron? Tiempo hubiese sobrado sin los debates sobre el juego en Valencia y el matute en Madrid, y otros episodios por el estilo. Y la verdad, todas las mejoras materiales de que habló el Sr. Canalejas habían de parecerse á las Estaciones agronómicas, campos de experiencias y colonias penitenciarias en África que aquel Ministro dejó trazados... en el papel, y que no tuvieron realidad sino en su fantasía.

Falta evidente de reciprocidad se observa hoy en las relaciones políticas de los partidos monárquicos. En 1885, al acontecer el infausto suceso del fallecimiento de D. Alfonso XII, el Sr. Cánovas y el partido que preside no se limitaron á aconsejar á la Regente el llamamiento al poder de los constitucionales, sino que aquellas Cortes, en las que los primeros tenían mayoría considerable, sin discrepancia alguna, con perfecta unanimidad votaron los proyectos de ley que el nuevo Gobierno juzgaba precisos para facilitar la marcha de la Hacienda pública.

¡Qué entusiasmo tan grande y tan sincero el que los constitucionales mostraron entonces hacia el Sr. Cánovas! ¡Qué elogios tan merecidos los que hacían de su patriotismo y de sus altas cualidades de hombre de Estado! No ya las oposiciones radicales, sino grupos monárquicos, destacados de los dos grandes partidos, acusaban en alta voz á los últimos de compadrazgo, que llegaron á denominar «complicidad», y declamaron largamente contra lo que llamaban «pacto de El Pardo.» Se protestaba contra el turno pacífico de esos partidos; se decía que limitaban la libre elección de parte del Monarca, que inmovilizaban la política y amortizaban el poder. Veíase con frecuencia el coche del Sr. Moret, Ministro del Estado, parado en el ingreso de la calle de Fuencarral, y se sabía que el Ministro consultaba largamente con el Sr. Cánovas del Castillo cuestiones internacionales pendientes, y para cuya solución, á más del profundo conocimiento que de ellas tenía el jefe conservador, era muy conveniente la unanimidad.

Estas relaciones normales y utilísimas para la Corona y para la Nación duraron largo tiempo; más de tres años. El Sr. Cánovas, sin renunciar jamás á sostener sus doctrinas propias, vigilando siempre la administración fusionista, dió tiempo á este partido para que desenvolviese y cumplierse su programa político.

Solamente cuando todo eso se realizó ó pudo haberse realizado; cuando fué notorio que el Sr. Sagasta no aplicaba una política propia, sino que recibía inspiraciones y buscaba el apoyo del Sr. Castelar; cuando se vió que la situación comenzaba á desmoronarse por desgaste interior, por sus propias faltas, y que éstas crecían en número y en proporciones con alarmante rapidez, solamente entonces el partido conservador, en uso de su derecho y cumpliendo con su deber, mostró aspiraciones al poder. El campo político quedó desde entonces dividido en dos zonas: la de los que, aceptando lo existente, querían experimentarlo y consolidarlo por medio de la práctica, rehusando dar un paso más en sentido reformista político, y la de los que, obedeciendo á la idea de la evolución, aceptaban lo existente como punto de partida para ulteriores desenvolvimientos.

En tan difíciles circunstancias, luchando con tanta desventaja el partido conservador y su ilustre jefe, han mostrado durante cuatro meses una moderación, una sinceridad y un respeto á los compromisos contraídos, que nadie, sin pasión, podrá negarlos. ¿Cómo se ha respondido á esa conducta en el pasado y en la actualidad? Con la agitación, desde el primer momento, y no electoral, sino política; no la que implica una apelación al país, sino la que tiene por objeto principal dificultar hasta donde sea posible la marcha de la situación. Es una guerra sin tregua la que se hace en todos los terrenos y utilizando todas las armas, aun las que son peligrosas para el que las maneja.

Si la coalición de los constitucionales con los republicanos no ha sido proclamada solemnemente, es cierto que la vemos funcionando; no estará aún en las palabras, pero sí en los hechos.

*
* *

Ya hace tiempo que hemos hecho observar el abuso de fuerza, y á veces las armas de mala ley, de que se vale y esgrime parte de la prensa española. Creen algunos periodistas que alentando las malas pasiones, fomentando la holganza y la disciplina, sirviéndose de la invención, la noticia falsa, la excitación constante al desorden y demás medios que vemos hoy empleados para combatir á la situación conservadora, es posible obtener que los hombres públicos más caracterizados acepten el papel que se les reparte, que la opinión va á conmoverse sin causa real y sin motivo, que va á suscitarse una gran agitación política, y, por contera, que el Gobierno va á perder la serenidad y la calma, á descargar palos de ciego ó á retirarse.

Ya nos lo han dicho los periódicos conservadores. Esa prensa á que aludimos, con su pueril engreimiento y sus despropósitos en derecho constitucional, ha causado una víctima: la Junta central del Censo, á quien ha obligado á representar un papel que no era el suyo, á desatender sus funciones propias, cual es la formación del censo, convertido por su culpa en un *imbroglio*, y á colocarse enfrente del Gobierno en la actitud de poder á poder. Los republicanos, posibilistas, doctrinarios ó demagogos que escriben esos periódicos quieren que la Junta inspectora del Censo, trocada por el *sic volo sic jubeo* de esos caballeros particulares en poder supremo, sea un centro revolucionario activo. Con ese objeto la exigen que no se limite á la censura de los actos electorales del Gobierno ni al recurso de queja de los mismos ante el Congreso, sino que asuma la representación de las Cortes y proceda como lo harían éstas si, formulado por la mayoría un voto de desconfianza contra el Gabinete, éste siguiese en su puesto. No puede darse mayor despropósito ni más clara y patente invasión de las facultades de las Cámaras; pero así conviene á la colectividad periodística mencionada, y, ó la Junta pasa por ello, que no pasará, ó ella y su Presidente van á oír lindezas acerca de su patriotismo y energía.

Visto que es difícil conseguir que la Junta inspectora se preste á erigirse en Comité revolucionario, y desconfiando de que, aun en el caso de aceptar la desdichada esa otra servi-

dumbre que se la impone, produzca resultado el nuevo sacrificio, la liga periodística, motor de toda esa maquinaria, se esfuerza para convertir á la Junta y al Sr. Sagasta en bandera de motín y de sedición. Con ese objeto fomenta la holganza y la insubordinación entre los estudiantes, provoca la huelga escolar de Madrid, las de Granada y Santiago y se esfuerza en extenderlas, anuncia otras manifestaciones en que no se ha pensado, y escribe después con gran frescura que el Gobierno conservador no puede tener un día tranquilo.

La liga periodística que actúa bajo la razón social de «opinión pública» no está unánime en lo que concierne á la coalición electoral del partido fusionista con los republicanos; pues, mientras alguno la pide, otro apoya lo que llama «solución» de un Ministerio neutro ó intermedio que reuniese las actuales Cortes y que, naturalmente, aplazaría cuanto le fuese posible las elecciones.

En cambio, unos y otros piensan envolver como en una red al Gobierno, diciéndole: *convoca ó disuelve* las Cortes. Para lo primero no hay, en el momento presente, necesidad que lo pida, y el Gobierno reconoce que no tiene mayoría en aquéllas, limitándose á sostener, de acuerdo con los hechos más públicos, que esas Cortes han dejado de representar á la opinión. Lo segundo, ó sea la disolución en estos instantes, era lo que convenía á los fusionistas y á sus jaleadores republicanos para gritar ¡golpe de Estado! relacionando un suceso que, cuando acontezca, será nacional y tendrá causas legales ó generales, con un hecho concreto y pequeño como son los acuerdos de la Junta del Censo relativos á la Diputación provincial de la Coruña. ¡Consejo desinteresado era el que daban los fusionistas!

Ello es que ciertos periódicos á todo el mundo han trazado aquí un papel á medida de su capricho. La Junta será, según los tiempos, Comité revolucionario ó bandera para el motín; su Presidente, el Sr. Alonso Martínez, será un nuevo Petion; el Sr. Sagasta resucitará á Barnabe ó á Mirabeau; el Sr. Cánovas del Castillo habrá de resignarse y guardar silencio; las Cortes se reunirán cuando la prensa callejera lo pida, aunque no hacen falta si á la Junta se permite representarlas, y cuando se reunan darán por bien hecho todo lo ocurrido; la Coro-

na será discreta y se someterá..... y todo esto acaecerá porque el Sr. Sagasta y los fusionistas han tomado por guía, que se les va volviendo amo, á los susodichos órganos de la opinión.

Lo malo del caso es que mientras el heterogéneo partido liberal se entretiene en urdir manifestaciones que abortan, en alzar clamores que se pierden en el vacío y en ensayar habilidades que se frustran, sin duda para sacar de su oscuridad al partido gobernante y hacerle entrar con lujo de ornamentación y aparato en las emociones fuertes que los fusionistas le quisieran producir, tienen éstos dentro de casa hartos cuidados que debieran con mayor preferencia llamar su atención. Porque, á la vez que ellos niegan á sus rivales hasta el don de la existencia, ó se empeñan en atribuirles dolencias que los extingan, á los que verdaderamente se les quema la casa es á los fusionistas, que permiten la invasión y el monopolio de ella á los que no tratan menos que de arrojarlos á la calle, dividirlos en su integridad, desnudarlos de sus despojos, apresarlos en sus propias redes y entregarlos á la befa y al escarnio, después de arrebatárles su mal poseída fortuna.

¿Por qué no hablan de sus propios retrocesos, de sus faltas últimas recién advertidas y de los disgustos interiores que trabajan su tan quebrantada salud, esos fusionistas radicales y esos fusionistas casi conservadores que hablan de la anemia del partido conservador y de su escasa vitalidad y de su débil complexión, y que echan de menos, en los tiempos normales y pacíficos en que por ventura nos encontramos, el necesario vigor y la firme energía desplegados en el período orgáco de la Restauración, en que hubo que vencer todas las dificultades de los pasados tiempos, convertir en sumisión tantas indisciplinas, crear una Hacienda, establecer una Administración, formar ejército, conquistar la paz material entre batallas cruentas y la paz moral entre concesiones sin número, hacer una patria, darle unidad y cohesión, adquirir la seguridad dentro y el respeto fuera, é impulsar y dar vida á todos los gérmenes de la actividad, de la fortuna y de la producción?

Aquellos tiempos exigían aquellos temperamentos, y los tiempos actuales exigen otros. ¿Por qué negar la existencia del partido conservador con todas sus grandes condiciones de go-

bierno, de orden, de moderación, de rectitud y de prudencia, porque en el invierno se vista de paño y en el verano se vista de lienzo?

Aquél fué el partido liberal-conservador de la Restauración, y éste es el partido liberal-conservador de la Regencia. Sus principios son los mismos, los mismos é idénticos sus fines, y la patria, como entonces de su vigor, recibirá ahora los beneficios de su eficacia, de su moderación, de su conducta, de su amplitud de ideas, de su perseverante espíritu de orden y de su permanente sistema de rectitud.

Por otra parte, las inteligencias entre republicanos y fusionistas van naturalmente de mal á peor. Hé aquí lo que nos dice un periódico:

«El Sr. Castelar espera conferenciar con el Sr. Sagasta detenidamente, para deslindar campos y saber desde luego qué camino ha de dar á su benevolencia. Comentándose en los círculos políticos la actitud del jefe posibilista, decían los fusionistas que los deseos del Sr. Castelar no podían realizarse, pues equivalían á pedir al Sr. Sagasta una rectificación tan radical de su política, que pudiera llegar hasta confúndirle con los republicanos. Si el Sr. Sagasta—decían los fusionistas—no pidió en la sesión de la Junta que quedara sobre la mesa la respuesta del Gobierno, fué precisamente porque prevaleciera la distancia que le separa de los republicanos, á lo cual objetó un conservador muy oportunamente que el Sr. Alonso Martínez accedió á lo que pidieron los Sres. Castelar y Salmerón. Resulta, por lo tanto, que el Sr. Alonso Martínez no está tampoco de acuerdo con el Sr. Sagasta.»

Ésta es en el fondo la verdad.

Pero conviene que la gente formal, ó que quiera ser gobernada con formalidad y no desee ser juguete de las habilidades poco escrupulosas de unos cuantos políticos de oficio, se prevenga contra los recursos explotados por órganos que disponen de poderosos elementos de publicidad. El partido conservador y los elementos liberales que se le han unido para realizar un programa conocido y consignado con toda claridad á la faz del Parlamento y del país se componen de hombres avezados á luchas políticas, que han realizado su unión madura-

mente, y que no han de abandonar su obra ni romper sus compromisos por rumor ó anécdota más ó menos. Sabían lo que tenían que hacer, los obstáculos que se les han de suscitar; contaban con hallarlos mucho mayores y más molestos y graves que las deliberaciones de la Junta central, y aun que los anatemas de todas clases que se formulen por esa inconcebible amalgama de republicanos y fusionistas.

*
* *

Entretanto, lo que importa es que los conservadores no se descuiden en la cuestión electoral y sigan su camino, visitando sus distritos y conquistándose nuevas y verdaderas simpatías.

Una noticia hemos leído, entre otras, con extraordinaria complacencia. Días pasados llegaron á Almería el Sr. D. José de Cárdenas y el jefe del partido conservador de aquella provincia, D. Emilio Pérez Ibáñez. El recibimiento hecho á los viajeros desde que pisaron el territorio de la provincia ha sido tan espontáneo como entusiasta, pudiendo decirse que no han cesado de escuchar las aclamaciones en un trayecto de veinte leguas, pues todos los pueblos á porfía se han disputado la honra de agasajarlos.

El Sr. Cárdenas representa y volverá á representar la circunscripción en las futuras Cortes; pero es seguro que con la misma facilidad podría obtener el acta por aclamación en cualquier distrito de la provincia; lo cual se explica fácilmente, porque él vela con igual interés por todos los distritos, y porque su influencia y su entendimiento están al servicio de todos, y jamás escatima sus cartas y sus favores á los que algo solicitan. Por eso se le quiere, por eso tiene amigos en todas partes, y por eso su nombre es bien acogido hasta por aquellos que son sus naturales adversarios.

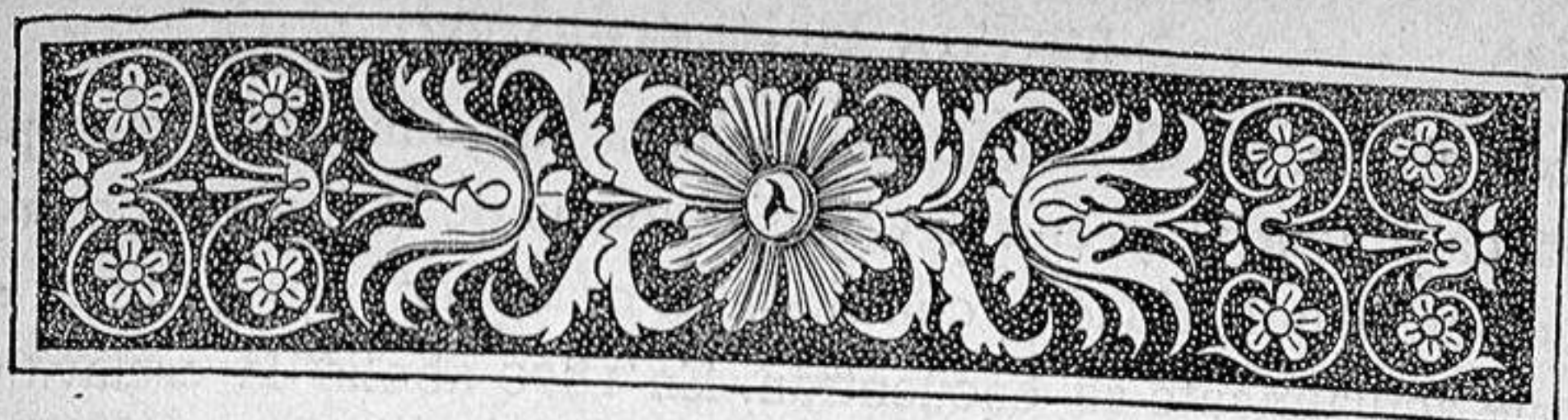
Al solo anuncio de su llegada se pusieron en movimiento todos los pueblos de la circunscripción, y á la casa-palacio del Sr. Pérez acudieron en romería numerosas comisiones, que, en representación del partido conservador, hoy más potente que nunca en la provincia, fueron á felicitar al amigo á quien tantas pruebas de afecto deben y de quien tanto esperan para en-

cauzar la desquiciada administración de estos pobres Municipios.

D. José de Cárdenas no tuvo un momento de reposo desde su llegada; pasó el día recibiendo á sus amigos, ansiosos de saludarle; todos pretendían que visitase su pueblo, para rendirle allí nuevos tributos de admiración y cariño; no hay persona importante del partido que no pretendiese sentarle á su mesa, siquiera por una vez, y es seguro que la única pena que tiene el afable y popular Diputado es la de no haber dispuesto del tiempo necesario para recorrer los pueblos todos de la circunscripción. Mucho ha hecho el Sr. Cárdenas, pero puede tener la seguridad de que Almería le paga con su gratitud; bien pudiera afirmarse que, mientras haya sistema representativo, el Sr. Cárdenas tendrá siempre acta por la provincia de Almería.

A.





REVISTA EXTRANJERA

Muerte del Rey de Holanda, minoridad y Regencia.—El Cardenal Lavigerie.—
La Princesa Elena en Roma.—Elecciones de Italia.—El discurso del
Trono en Inglaterra.—Atenas y su crisis.—Derrota del partido republica-
no en los Estados Unidos.



ACABA de morir el Soberano reinante en los Países Bajos, Guillermo III. Hijo del Rey Guillermo II y de la Gran Duquesa Ana de Rusia, había nacido en Bruselas el 19 de Febrero de 1817.

Empezó á reinar el 17 de Marzo de 1849, poco tiempo después de proclamada la actual Constitución de aquel país, circunstancia que le obligó á nombrar un Gobierno liberal que plantease las reformas indicadas en aquel Código político. Reorganizóse al efecto la Administración provincial y municipal, la Judicatura y los servicios de comunicaciones, desarrollándose asimismo la navegación y el comercio. En las luchas políticas, que motivaron diversos cambios de Gabinete, cumplió estrictamente sus deberes de Rey constitucional: en una ocasión renunció espontáneamente á la tercera parte de la lista civil.

Á su iniciativa se deben varias importantes obras públicas, entre ellas la red de ferrocarriles, la desecación de los *podlers* (terrenos pantanosos) convertidos hoy en feraces comarcas, el canal del Norte y el que comunica el puerto de Amsterdam

con el mar. En el exterior, su política fué constantemente pacífica y neutral, y en sus vastas colonias de la India supo conservar su integridad y contribuir al grado de prosperidad en que actualmente se encuentran. En 1870 abolió la esclavitud en las mismas y la pena de muerte en todo el reino.

El Rey Guillermo estaba condecorado con el Toisón de Oro, que le concedió la Reina Gobernadora D.^a María Cristina de Borbón en 1842. La Corte de España vestirá de luto veinticuatro días.

De su matrimonio con la Princesa Sofía, hija de Guillermo I de Wurtemberg, tuvo dos hijos varones que murieron no ha mucho tiempo; en 1877 quedó viudo el Rey de Holanda, contrayendo un nuevo enlace en 1879 con la Princesa Emma de Waldeck y Pyrmont, que en la actualidad tiene treinta y dos años. Ahora, como Regente, desempeñará ésta los atributos soberanos durante toda la minoridad de su hija. El pueblo neerlandés la ama apasionadamente. Su vida anterior se reducía á la intimidad doméstica como esposa y como madre. Cuando El Haya se disponía á festejar su elevación á la Regencia con grandes solemnidades, la Reina manifestó el deseo de que su pueblo amado respetara el luto de su corazón. Una indicación hecha en un periódico oficioso bastó para imponer silencio al entusiasmo popular.

La actual Soberana de los Países Bajos se llama Guillermina Elena Paulina María; nació en El Haya el 31 de Agosto de 1880.

Las viejas instituciones monárquicas van á estar representadas en Holanda, como en España, por un augusto niño. Al ver tan pesada carga en manos tan débiles, diríase que esas instituciones, tan combatidas en este siglo por los vientos revolucionarios, se rejuvenecen á semejanza de un caduco tronco, el cual, al brotar un tierno y rosado botón en sus últimas ramas, siente correr fresca y nueva savia y adquiere nuevas fuerzas para resistir las tormentas. Parece como que la corona y el cetro en manos de un niño y custodiados y defendidos por una madre, inspiran más respeto que corona colocada como cimera de un casco y cetro confundido con una espada en la misma mano.

La Princesa Guillermina, por virtud de la ley Sálica, no recoge entera la herencia real de Guillermo III. El gran ducado de Luxemburgo corresponde por sucesión al Duque Adolfo de Nassau. Pero la más preciosa herencia que la nueva Reina de Holanda recogerá con la corona es la lealtad de su pueblo, si bien poco estrepitoso en sus manifestaciones, fidelísimo á la dinastía de Orange.

La Reina Emma no encontrará grandes dificultades para la regencia, y aunque no venga precedida de la gran reputación de espíritu político y de sagacidad de que gozaba la primera esposa de Guillermo III, la que fué, antes de ser Reina de Holanda, la Princesa Sofía de Wurtemberg, ha de encontrar seguramente en su corazón de madre sus mejores inspiraciones, y en el amor del pueblo holandés y el recuerdo de que la patria de su hija debe tener en su alma la primacía sobre su propia patria alemana los mejores guías para triunfar de las complicaciones políticas que de fuera del reino puedan venir. De creer es, y esta esperanza se ha reflejado en la mayoría de la prensa europea al ocuparse de la sucesión de Holanda, que la Reina Emma sea para aquel país lo que la Reina Cristina es para España, y que el ejemplo presente de estas dos Regentes, como el pasado recuerdo de otras Reinas que han legado un nombre glorioso á la historia, mostrará la inutilidad de la ley Sálica.

La corona del gran ducado de Luxemburgo pasa, por derecho, al Duque de Nassau, y el pasado simpático y digno del Duque Adolfo le había conquistado por adelantado el corazón de sus nuevos súbditos, que no olvidan la caballerosidad con que hace un año cumplió sus deberes de Regente.

Algún recelo puede inspirar á Europa el origen alemán del nuevo Gran Duque, por la eventualidad de que, andando el tiempo, pudiera perder el Luxemburgo su independencia, llegando á formar nuevo florón de la imperial corona de Alemania y las complicaciones políticas que tal anexión produciría.

Pero los mismos ingleses, que dan como más probable esta eventualidad, no dejan de reconocer que el Emperador Guillermo no tiene las mismas razones que su abuelo para tratar

de aumentar sus Estados, y aunque los luxemburgueses deben pensar de cuando en cuando en el Schleswig-Holstein, todos los espíritus sensatos se complacen en creer que el advenimiento al trono de Luxemburgo de un Príncipe á quien la Prusia arrancó sus Estados en 1866 no es la señal más favorable de la anexión del gran ducado para Alemania. Sin contar con que los luxemburgueses han de preferir su modesta independencia á las cargas militares y pecuniarias que su germanización les traería, y con que esa independencia encontrará su mejor garantía en los celos de las grandes potencias, que no han de mirar con buenos ojos que una de ellas, sea cual fuere, se coma el bocado que excita los apetitos de los que lo rodean.

*
* *

Á pesar de lo que la prensa francesa ha escrito sobre el discurso pronunciado en Argel por el Cardenal Lavigerie, en el banquete ofrecido á los oficiales de la escuadra francesa del Mediterráneo, el autor de la *Semaine du Vatican*, que publica *L'Italie*, de Roma, dice que Su Santidad habría deseado que Su Eminencia se hubiera limitado á hablar por cuenta propia, como francés, sin añadir que «no temía que sus palabras fuesen desautorizadas en más altas regiones.» «Si en esto—añade el referido periódico—el Cardenal Lavigerie se proponía dar á entender que la Santa Sede no reconoce otra forma posible de gobierno para Francia que la república, debiera haber tenido en cuenta que León XIII es un diplomático demasiado hábil para comprometer tales declaraciones enfrente de los partidos monárquicos de Francia, que se muestran confiadamente como sus amigos y el apoyo de sus esperanzas.»

El Padre Santo desea para Francia, como para todos los demás países agitados por las perturbaciones de todo el siglo, la pacificación de los espíritus, base esencial de su constitución definitiva, y en este sentido ha dado sus instrucciones al Episcopado francés; y el Cardenal Lavigerie debiera haberse circunscrito á parafrasear estas instrucciones. Á *L'Italie* le ha parecido un poco fuerte, en un miembro del Sacro Colegio, que

hiciese tocar la Marsellesa en honor de sus comensales, y parece que el Papa, al saberlo, dijo: «¡Mejor quisiera ver la bandera tricolor en Roma que oír la Marsellesa en el palacio de un Cardenal.»

*
* *

De la visita hecha por la Princesa Elena de Orleans á Su Santidad ya han formado una novela algunos periódicos de Francia. La visita—dicen—la ha inspirado el amor. La Princesa Elena y el Duque de Clarence, primogénito del Príncipe de Gales y heredero presunto, por lo tanto, de la corona de Inglaterra, se aman. Pero se oponen á su unión los mismos obstáculos que al empezar el siglo XVII se opusieron al matrimonio intentado por el entonces Príncipe de Gales, Carlos I Estuardo, con la Princesa española María de Austria, hermana de Felipe IV y Emperatriz que fué luego de Alemania; esto es, la diferencia de religión.

Si el caso fuera cierto, en aquel mismo Príncipe, después tan infortunado, se hallaría el precedente político-religioso suficiente para resolver el asunto. Aquel Príncipe de Gales, que vino á Madrid enamorado y que no se pudo casar con la Infanta Doña María de Austria por ser él protestante y ella católica, se casó después con la Princesa Enriqueta de Francia, á pesar de seguir siendo protestante él y católica ella. Si los amores entre la Princesa Elena de Orleans y el Duque de Clarence fueran ciertos, ¿por qué no habían de resolverse por el matrimonio de los dos enamorados, como se resolvió entonces el de Carlos Estuardo con Enriqueta de Francia?

Le Figaro, que consagra un artículo á narrar las tribulaciones de estos dos amantes, que la Princesa Elena habría llevado personalmente á la resolución de Su Santidad, menciona el caso más reciente del matrimonio de la Princesa María de Orleans, hija del Duque de Chartres, con el Príncipe Waldemar de Dinamarca, no más católico que el joven primogénito del Príncipe de Gales. Pero en este matrimonio no medió la autorización de la Corte de Roma, ni hubo más, respecto á los hijos, que la promesa sobrentendida de que serían educados en la religión de la madre.

Dicho precedente, á pesar de todo, como *Le Figaro* dice, no será el más apto para facilitar el consentimiento de Su Santidad, en cuya disposición, bien que no pueda desconocerse el carácter conciliador y político de León XIII, cree que se hallará la dificultad más grave para la realización de estos proyectos.

*
**

Las elecciones en Italia han dado un gran triunfo á Crispi. Á pesar de las manifestaciones de los partidos radicales, de los discursos de Imbriani, Cavallotti y los demás jefes de los exaltados, y de la agitación que se ha tratado de producir en algunas provincias, el resultado da un gran triunfo al partido gubernamental.

El discurso-programa de Crispi ha satisfecho las exigencias de todos los hombres de ideas moderadas, de orden y de economía. Á pesar de las exageraciones con que se ponderaba el peso con que el Estado en Italia gravita sobre la masa contribuyente, en el discurso de Turín el Sr. Crispi ha demostrado que cada italiano no paga al Erario público más que 18 liras, mientras que en Alemania cada individuo tributa 20, 22 en Inglaterra y 25 en Francia.

El discurso de Turín ha prestado á la opinión de Italia tales garantías por su sentido reparador y pacífico, que Cavallotti, sintiéndose derrotado, renunció á pronunciar el que, repitiendo lo ocurrido en Florencia, había preparado para contestar al programa del Presidente del Gobierno.

Radicales, socialistas é irredentistas aparecen en gran minoría, pues el solo partido que hubiera podido crear serios obstáculos al gubernamental en los distritos, el partido católico, atendiendo á la voz de orden dada por el Vaticano, se ha abstenido de la lucha.

Allí, como aquí y como en todas partes, no suelen ser los más los que más gritan y más manotean y más se enojan. La fórmula y la suma de la opinión, allí, como aquí y como en todas partes, no está en los ruidos de la calle, en las declamaciones de los periódicos de oposición y en las estrategias del maquiavelismo opositor. La fórmula y la suma de la opi-

nión las dan las urnas, y hoy en Italia se destaca ya esa fórmula y esa suma de la verdadera opinión en aquella Monarquía, como dentro de poco la obtendremos probablemente en España.

* * *

El discurso del Trono leído en la apertura del Parlamento inglés no contiene declaración alguna de importancia.

Los hechos transcurridos desde que suspendieron las Cámaras sus sesiones no se prestan tampoco á ello; así es que se ha limitado, en lo que á la política exterior se refiere, á dar cuenta de las negociaciones seguidas con Italia respecto á las cuestiones en el África oriental, al *modus vivendi* acordado con Portugal, y á afirmar que continúan las garantías para el mantenimiento de la paz, que se halla plenamente asegurada.

* * *

La solución de la crisis ministerial en Atenas ha causado gran júbilo entre los partidarios del autorizado repúblico á quien ha conferido el Rey Jorge la dirección de los negocios públicos. No obstante, con su triunfo han coincidido rumores alarmantes sobre la cuestión de Creta, que vuelve á agitarse. Los *chauvinistes* se las prometen muy felices con la nueva administración, y es probable que la realidad desvanezca en breve todas las ilusiones de los espíritus alucinados.

El Sr. Delyannis es un político sesudo y de procedimientos muy moderados, como corresponde á sus antecedentes y á las ideas que son propias de la edad avanzada, pues tiene setenta años. Ni participa del ardor bélico de gran número de sus partidarios, ni su programa descansa sino sobre los principios generales de la paz universal que hoy dominan en todos los Gabinetes de Europa. No hay, pues, que esperar conflicto alguno con Turquía ni con otro país vecino, y la visita del Czarevitch, que acaba de recibir en su corte el Rey Jorge, es una garantía más de la confirmación de esta política.

* * *

Ya se conocen los resultados definitivos de las elecciones para la Cámara de Representantes que se reunirá en los primeros días de Marzo próximo en Nueva York.

En los Estados Unidos, los demócratas han ganado 85 puestos más que en la Cámara cuyo mandato ha terminado. De modo que el partido demócrata tendrá en la nueva Cámara una mayoría de 75 votos.

Dicha Cámara se dividirá así, según los datos definitivos: demócratas, 200; republicanos, 125.

El éxito de los demócratas se debe principalmente á los agricultores, y en particular á los colonos, que han visto amenazados sus intereses con la política económica de los republicanos, resumida en el bill Mac-Kinley.

La prensa democrática celebra el triunfo de su causa diciendo que el país ha protestado enérgicamente contra la política supeditada á la aristocracia del capital é instrumento del agio y especulación. Añade que, gracias á la energía desplegada por el pueblo agricultor, se salvarán sus intereses, comprometidos por efecto de la insensata conducta del partido llamado republicano. Reconoce que la victoria se debe principalmente á la alianza de los demócratas con los pueblos rurales, alianza que se estrechará más y más y contribuirá á imponer la política económica que más conviene á los intereses generales de los Estados Unidos, á despecho de los monopolizadores que habían creído posible corromper el cuerpo electoral con la fuerza de sus millones.

S.





BOLETIN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Le piante legnose italiane, per LODOVICO PICCIOLI. *Fascicolo I.—Florenzia, 1890.—En 4.^o, 129 páginas con 15 figuras intercaladas en el texto.*

Dos años hace ya que D. Luis Piccioli, hijo del sabio director de la Escuela de Montes de Italia, ha alcanzado justo renombre de botánico con sus excelentes obras. Ahora da comienzo á la publicación de un trabajo de tanto interés como importancia, que llena cumplidamente el vacío que se notaba entre los selvicultores italianos de una flora forestal que sirva de guía para el conocimiento de las especies leñosas útiles en la repoblación de los montes. Con suma claridad y plausible concisión expone cuantas noticias pueden ser de provecho, tanto para conocer la especie arbórea de que se trata como sus condiciones vegetativas, propiedades y aplicación.

Reciba el joven botánico, que tan brillantemente adelanta por el camino de la ciencia que le trazó su ilustre padre, la más entusiasta de las enhorabuenas.

*
* *

Nueva guía del viajero en España y Portugal, por DON EMILIO VALVERDE ÁLVAREZ.

Se han publicado los tres últimos volúmenes de esta obra utilísima, fruto de la diligencia y extensos conocimientos del

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

señor Valverde, acreditado jefe de nuestro ejército. Comprenden respectivamente: el antiguo reino de Andalucía, los antiguos reinos de Valencia y Murcia, Extremadura, Baleares, Canarias y Portugal. Por los numerosos planos y grabados que ilustran la *Guía* y por las muchas y recientes noticias que en ella hay, dispuestas con gran método, es un trabajo tan digno de entusiastas elogios como indispensable á cuantas personas, nacionales ó extranjeras, viajen por España ó Portugal.

*
**

Combates y aventuras (La novela de un maestro), por EDMUNDO DE AMICIS.—*Versión castellana de Antonio Sánchez Pérez.*—Madrid, librería de Fernando Fe, 1891.—En 8.^o, 589 páginas: 4 pesetas.

Aún estaban presentes, muy presentes en la memoria las aventuras que componen el tomo de Amicis titulado *Infortunios y amor*, cuando aparece este segundo, que completa admirablemente su pensamiento. Amicis, es el escritor de los grandes sentimientos; nadie como él conoce la manera de hacer vibrar las fibras mas íntimas del corazón humano, y en ésta su última hermosa producción (correctamente traducida por Sánchez Pérez, tan correctamente traducida que creyérase haberse escrito el original en castellano) muchas veces asoman las lágrimas á los ojos del lector, que se siente conmovido por las luchas, las derrotas y los triunfos de Emilio Ratti y Faustina Galli, modestos profesores de instrucción primaria, soldados de ese ejército «que combate sin tregua el más fuerte de los enemigos y vence sin sangre en la más fecunda de las batallas.»

*
**

Port-Tarascon. *Ultimas aventuras del ilustre Tartarin*, por ALFONSO DAUDET. *Versión castellana de Juan García Aldeguer.*—Madrid, La España Editorial.—En 8.^o, 330 páginas: 3,50 pesetas.

Sabido es de todos el éxito extraordinario que alcanzó la obra de Daudet en que narra las maravillosas aventuras del

insigne Tartarin; pues el libro que ahora acaba de publicarse es tan distraído, ameno y original como el anterior. La versión castellana del Sr. Al-deguer es castiza y sumamente fiel; la estampación elegante y pulcra, como cuantas corresponden á *La España Editorial*.

La generación humana, por G.-J. WITKOWSKI, doctor en Medicina de la Facultad de París. Ilustrada con 260 grabados intercalados en el texto. Versión española de la sexta edición francesa por el doctor Luis Marco.—Madrid, C. Bailly-Baillière, editor.

Se han repartido las entregas 34 á 40 de esta obra importantísima y de general interés. Su traductor, que reúne las condiciones de médico excelente y literato distinguido, ha hecho un trabajo esmeradísimo, por el cual casi pudiéramos decir que resultan realzados los méritos de la publicación francesa.

Almanaque de La Ilustración para 1891. Precio, 2 pesetas.

Puede aplicarse á este precioso *Almanaque* lo que muchos dicen de los discursos de Castelar: que el último es el mejor. Baste decir que, á más de hermosos grabados y bellísimas láminas de colores, contiene artículos de Vidart, Monreal, Fernández Bremón, Thebussem, Lauderer, Castro y Serrano, etc., y poesías de Grilo, Shaw, Zorrilla, Balart, Manuel del Palacio, Reina, Sepúlveda y Velarde. Es un *Almanaque* que debe adquirir toda persona ilustrada.

Cuentos de la Alhambra, por el caballero WASHINGTON IRVING. Versión directa del inglés por D. José Ventura Traveset, doctor en Filosofía y Letras. Edición ilustrada con dos retratos, vistas y planos de la Alhambra.

Al dar á la estampa esta curiosísima obra ha prestado el

traductor un gran servicio á la literatura inspirada en nuestros monumentos patrios, y á las letras en general, facilitando así el que se divulgue un libro tan conocido en la culta Europa—y especialmente en América—como ignorado en nuestra Península. Dos mutiladas versiones han circulado de ese ameno libro. Agotadas hace algunos años estas versiones, así como las francesas, se ha impreso y puesto á la venta esta primera versión completa y directa del inglés; y deseando la casa editorial cooperar á los altos fines que movieron al traductor á la versión de esta obra, ha aumentado el interés de esta publicación, haciendo la impresión con tipos nuevos, ilustrando el texto con una excelente heliografía retrato del autor, y con su autógrafo sacado del Álbum de la Alhambra, así como con dos curiosísimos planos de la fortaleza, el retrato de *El Hijo de la Alhambra* y varias vistas, todo por el procedimiento de la fototipia y tomado directamente de fotografía, llevando además el libro al principio un notable apunte biográfico de Washington Irving, escrito primorosamente por el docto Catedrático de Literatura clásica de la Universidad de Granada, Sr. González Garbín, y al final un breve catálogo de las obras más principales que se han escrito sobre la Alhambra.

Se vende esta obra, al precio de 3,50, pesetas en la librería de D. Fernando Fe.

*
* *

As comunidades de Goa.—*Historia de las instituciones antiguas, por D. ANTONIO EMILIO D'ALMEIDA AZEVEDO, Juez de Derecho.*—Lisboa, 1890.—En 4.^o, 196 páginas.

Sabido es que en la India se da el nombre de Goa á todos los terrenos pertenecientes al reino de Portugal contiguos á la ciudad conquistada en 1510 por Alfonso de Alburquerque, los cuales ocupan un área de 3.368 kilómetros cuadrados, y tienen una población de más de 420.000 habitantes. Ésta es la importante región que estudia en su excelente libro el ilustre jurisconsulto Sr. d'Almeida, y en seis extensos y eruditos capítulos describe el país, sus razas é historia, los cultos primitivos y las supersticiones, la familia, el régimen de la tierra,

el régimen político y la influencia portuguesa. Es un libro de gran mérito por su forma y por su fondo.

*
* *

Algo de agricultura, por D. ANTONIO DE MAGRIÑÁ.—*Tarragona, 1890.—En 8.º, 253 páginas: 3 pesetas.*

Cuarenta artículos componen esta obra de utilidad general, escrita por persona de tan buen juicio y tan docta como el Sr. Magriñá, excomisario de Agricultura. Basta citar los epígrafes de algunos de aquéllos para que se comprenda su importancia: Ley protectora de los pájaros.—El agua y los bosques.—Población rural.—El avellano.—El problema de la producción de los olivos.—El almendro.—Origen de algunas plantas y flores.—El porvenir agrícola.—Una revolución agrícola.

Libros de propaganda como el del Sr. Magriñá son los que necesita la gente labradora para perfeccionarse.

*
* *

Otras publicaciones.

Traité encyclopédique de Photographie, por C. Fabre.—Los editores Gauthier-Villars é hijos acaban de repartir el cuaderno XVIII, que trata del estereóscopo y de la fotografía instantánea. Contiene además la descripción detallada de diferentes aparatos y noticias muy útiles respecto á la microfotografía.

La Americana, por Pedro Sales. Versión castellana de Ceferino Terán Puyol. Madrid, La España Editorial, 1890. En 8.º, 412 páginas: 3 pesetas.—Novela de argumento interesante y descripciones dignas del afamado escritor francés.

Discurso leído en la apertura del curso de 1890 á 1891 en la Universidad de Zaragoza, por D. Salustiano Fernández de la Vega.—Es un trabajo de gran mérito.

Las sisas de Madrid.—Folleto curiosísimo de D. Hilario Peñasco de la Puente.

Obras completas de Francisco Acuña de Figueroa. Montevideo, 1890.—Se han publicado los tres primeros volúmenes de las obras de aquel literato americano, impresos con lujo y pulcritud plausibles. Comprenden el «Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812, 13 y 14» y la «Antología epigramática.»

El incendio de la Alhambra, por Francisco de P. Valladar. Granada. En 8.º, 90 páginas.—Trabajo de mucha erudición.

Defensa de la Coruña en 1589.—Oración pronunciada por el esclarecido catedrático del Instituto de Orense D. Marcelo Macías.

La jornada internacional de las ocho horas.—Erudito discurso leído por el director de la Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago, Sr. D. Joaquín Díaz de Rábago.

